



La pasión de
Nazario Valdés
y otros relatos bárbaros

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN
Gisela Iliana Franco Deándar
Liliana Poveda

VOCALES EDITORIALISTAS
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

La pasión de Nazario Valdés y otros relatos bárbaros
© Armando Valles Piñón

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta: Imagen generada por el autor mediante Inteligencia Artificial.

ISBN: 978-970-96981-3-8

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

La pasión de Nazario Valdés

y otros relatos bárbaros

Armando Valles Piñón

colección



Historias de mi ciudad

Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

**DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA**



*A mi padre, de quien recibí con infinito amor
mis primeras lecturas.*

*No hace tanto tiempo, en este mismo barrio, la
felicidad era también una manera de resistir.*

Almudena Grandes

*La injusticia, siempre mala, es horrible
ejercida contra un desdichado.*

Concepción Arenal

*El amor está compuesto por un alma
habitando dos cuerpos.*

Aristóteles

Esto sí sucedió.

Epígrafe de la película *Canoa*, de Felipe
Cazals, 1976.

Cíbola

Dicen, los entendidos, que había siete ciudades de oro y plata al norte de un México que aún no existía en los mapas. Buscáronlas, afanosos, hombres de cruces y espadas, no hallando una sola dellas. Lo que sí hallaron fueron ríos que serpenteaban por cañones insondables, praderas amarillas donde rumiaban cíbolos de lanosa testa, mares de arenas blancas surcados por ofidios emplumados y abruptas serranías donde unos hombres enjutos, de recias piernas, se sentaban a beber maíz durante las noches, para correr después entre el breñal en la procura de mujeres morenas que apaciguaran, bajo la serena luz de la luna, sus ímpetus de caballos mesteños...

Pasado un tiempo, convencidos de que las tales ciudades eran más una leyenda que una verdad a medias, algunos de los viajeros tornaron a los mares en sus naos; los que eligieron quedarse, paliaron su desencanto con la edificación de templos en cantera rosada, acueductos y misiones sobre las yermas praderas. Hicieron también, a despecho de un clima ingrato, caminos entre las montañas por cuyas leguas inacabables condujeron diligencias postales y conductas de oro y plata. Para proteger sus beneficios del asedio de los apaches, contrataron a una legión de mercenarios que se enfrentó con denuedo a los indios, a quienes primero despojaron de sus cabelleras, luego de sus creencias, y al final de sus mujeres, oprobioso botín de guerra.

Hombres recios, curtidos por el sol de junio y las nieves de enero, nacieron de estas uniones para forjar las villas que habrían de multiplicarse, como por ensalmo, sobre la inacabable extensión de tierras conquistadas, cuyos cam-

pos de labor y pastoreo reventaron como una cornucopia generosa, produciendo manzanas, algodón, cebollas, quesos, pavos y cerdos para su divino sustento.

Una tarde de agosto del año 1722, cumplidos los doscientos trece años de edad, un anciano de nariz aquilina, con el océano en los ojos y las barbas trenzadas hasta las rodillas, llegó hasta la Plaza de Armas de San Felipe el Real de Chihuahua, escoltado por una comitiva de hombres embozados, mujeres de negro y niños que mascaban vainas de mezquite. Arrastraba unas calzas lastimosas, y se apoyaba con insólita firmeza sobre dos palos de encino rematados por conteras de oro. Tras hacer la señal de la cruz frente a la inacabada catedral, pidió con solemnidad ser escuchado. Hecho el silencio entre la incrédula multitud que lo seguía, y haciendo uso de una voz templada como espada toledana, profetizó con vehemencia y gravedad el porvenir de estas tierras:

“Yo, Andrés Dorantes de Carranza, leal soberano de su majestad Fernando II de Aragón, compañero en desgracia de Álgar Núñez Cabeza de Vaca, aquel que fuera renombrado Curandero Mayor de los Mimbres y otras tribus de las Indias septentrionales; a más de aventurero, soldado y encomendero por mi buena fortuna en la Villa Rica de la Vera Cruz, auguro, para mejor previsión de quienes a partir de ahora habitarán estos contornos de sed y arena, lo siguiente:

que los cíbolos serán diezmados, y sus cráneos apilados en montículos de infamia;
que los enemigos del reino verán sus cabezas en jaulas, como pájaros marchitos, hacia los cuatro puntos de la alhóndiga mayor;

que las potestades de los hombres de Dios
menguarán, ante el embate de las huestes del
compás y de la escuadra;
que los poblados grandes y pequeños serán pasto
de las llamas, bajo la metralla de una nueva
revolución;
que los corredores de las altas serranías perderán,
una tras otra, sus heredades de caza y tala;
que la ambición de los unos y el hambre de
los más hará que los medieros corrompan sus
cultivos, cambiando el frijol por el cáñamo de las
Indias y la alfalfa por amapolas rojas;
que los niños perderán la inocencia y abandonarán
sus libros, para tomar el rifle y la navaja;
que las sementeras desaparecerán, para hacer
espacio a las factorías llegadas de la China en el
oriente y la Nueva Inglaterra en el norte;
que las mujeres de larga cabellera dejarán de ser
canto, para volverse corderos sacrificiales, y como
tales, serán humilladas, ultrajadas y degolladas
para deleite de los hombres sin rostro;
que los terregales marginales de cada villa se
volverán camposantos, donde las madres no
dejarán de plañir, clamando al cielo sin consuelo;
y que el norte, tierra de promisión que fuese para
algunos, se anegará en sangre para convertirse en
la perdición de otros”.

Murióse el anciano bicentenario al poco tiempo, en gracia
de Dios, y tal cual vaticinara aquella tarde, tal ocurrió dos-
cientos setenta y un años después en el norte de un México
que, para entonces, ya figuraba en los mapas...

Clara Tarango

Se llamaba Clara Concepción Tarango de los Reyes, pero todos en la Villa Nueva le decían, a secas, Clara Tarango. Como partera del barrio, había visto llegar a este mundo a la mayor parte de los colonos de cuarenta años o menos; como costurera, los había vestido para el diario bregar por el sustento, para sus fiestas y para sus velorios.

Alta y esquelética, cubría sus magras carnes con vestidos floreados hasta la rodilla, dejando ver un par de pantorrillas flacas, otrora succulentas. Sobresalía de sus rasgos una nariz sinuosa y afilada, rematada, por lo alto, en un par de ojos de chanate, torvos e inquisitivos; por lo bajo, en una boca de labios secos y torcidos en una permanente mueca de ironía. Pegada al cráneo en un chongo sempiterno, la mata de cabello grisáceo sostenida por dos largas agujas de hueso daba a Clara el aire metafísico de una chamana del Lejano Oriente.

Incontables lunares y cráteres que le dejara –según decía– una viruela de infancia mal curada, cubrían el rostro de Clara, que se enjutaba aún más cuando chupaba sus largos cigarrillos de macuche que ni doctores ni cercanos le habían hecho dejar un solo día, en sus más de cincuenta y cinco años de fumadora empedernida.

Portaba siempre un delantal oscuro con amplios holanes y decenas de bolsas, de las que extraía, para cualquiera que lo solicitara, viejos carretes de hilo, tijeras, agujas, Cafiaspirinas, vendas, botones de mil variedades o cualquier otro artículo relacionado con las dos profesiones

que amplia fama le habían dado entre los habitantes de la colonia.

Unos insólitos zapatones de charol y tacón de aguja eran su calzado favorito. Con ellos se desplazaba por las calles de tierra con la insólita habilidad de un flamenco, sorteando con igual destreza los orines ocasionales de algún perro, los charcos lodosos de agosto y los hoyancos de todos los días.

Noche tras noche, al término de sus larguísimas jornadas de costura frente a su Singer pavonada de pedal, se sentaba a fumar en el borde de una acera iluminada por alguno de los escasos arbotantes que había a lo largo de la calle Diego Lucero. Ahí, frente a un corro de chiquillos enardecidos, oficiaba el ceremonial de la fantasía nocturna con historias extraídas de un crisol en el que, previamente, había mezclado leyendas de sus antepasados remotos con escenas provenientes de los más oscuros rincones de la cinematografía nacional: Rumberas marcadas por la mala vida, momias aztecas, robots humanos, mafiosos de cabaret, vampiros de hacienda porfiriana, manos reptantes o luchadores de brillante capa. Años de matinés en el Azteca —un humilde cine al que había que llegar armado de un palo para espantar a las ratas que se deslizaban entre la gradería de madera— la habían provisto de las imágenes con que más tarde habría de encantar a chicos y grandes, quienes se regodeaban cándidamente con sus cuentos delirantes, en una época aún sin televisión.

“Entonces (narraba Clara antes de dar una amplia calada al cigarrillo), la dama se dio cuenta de las negras intenciones del infame marqués (exhalación del humo sobre la cara de los infantes), que lo único que quería era

quedarse con su honra de mujer decente (la mano llevando nuevamente a la boca el cigarrillo). Sin ningún cuidado, el marqués la tomó del brazo, y se la llevó a rastras por el largo pasillo de la mansión (nueva exhalación), donde la ultrajó sin atender a sus gritos desgarradores”.

—¿Qué es una mansión, Clara?

—Una casa bien grande y bien bonita.

—¿Cómo las de San Felipe?

—Así mero, Cacarizo, como las de San Felipe.

—¿Y qué es “utrajó”?

—Bueno, bueno, ya es hora de dormir, chiquillos. ¡A la cama todo el mundo!

—¿Y es cierto que conociste a Pedro Infante, Clara?

—¡Seguro, Conchita!, hasta su autógrafo me dio una vez que vino a cantarnos al barrio...

—¡¿Vino a la Villa?! ¿A poco? ¿Y onde tienes el autógrafo? ¡¡Enséñanos, Clara!!

—Ufa, chamacos, ese lo usé pal boiler una vez que no tenía periódico a la mano.

A estas reuniones nocturnas no faltaba nunca un solo niño de la colonia; ni siquiera Patico, el tarugo, un inocente de 30 años y mentalidad de 10, que nutría su imaginación infantil con las verdades a medias de Clara, en el raquítico panorama de una vida de privaciones, donde la adquisición de un trompo de mezquite, un balero policromo o un *Kalimán* resobado eran lujos que, de vez en cuando, sustituían

a la pelota de hilo y trapo, o los carritos de madera que le construía don Nabor, el carpintero del barrio, agregando rodamientos de balines a tablillas de madera desechada, sobre los que Patico se deslizaba por la única calle de asfalto que corría a un costado del barrio.

Una helada mañana de invierno, Clara Tarango amaneció en su cama con en el *rigor mortis* que desde hacía años se pronosticaba para una mujer de pulmones como los suyos: hechos carbón por el tabaco. Con una mano rozando el frío cemento pulido y la mirada fija en el cielorraso de su humilde casa, la serena expresión de Clara parecía rogar a los santos del universo cinematográfico una acogida calurosa, y a los chamacos de la cuadra una disculpa, por tantas historias de aparecidos que no les llegaría a contar.

Solo Patico, el tarugo, le hizo la guardia de rigor durante las largas horas que pasaron antes de que los servicios funerarios llegaran por su cuerpo.

La pasión de Nazario Valdés

Como si de un quinto cirio se tratara, Nazario Valdés permanece de pie ante el humilde féretro blanco que poco a poco se va poblando de flores. En la contención del amargo sabor de la impotencia y la derrota, su rostro de basalto ha adquirido el tinte del fulgor ensangrentado que se cuele, en grandes haces, por los cristales rojos del velatorio.

Sobre el ataúd cerrado, un retrato de la difunta ennoblece la sencillez de la lámina gris, ya empañada por las muchas lágrimas. Es morena, como su padre, y en su sonrisa blanca apenas se adivinan las penurias de una vida fugaz. Sus ojos —dos almendras vivas— resplandecen con la luz de la juventud que apenas se abre a la vida. Lleva un vestido de lunares amarillos y ciñe su cabello negro una diadema de plástico color carey. En la sinceridad descarnada de la fotografía, uno no acierta a distinguir cuál de las dos jovencitas es más verdadera: si la de la imagen, o la que envuelta en el raso barato del ataúd, denuncia con gritos silenciosos el rapto, los golpes, el abuso, la sonrisa cínica, la brutalidad de un puñado de criminales anónimos cuyo atentado contra el ser femenino —uno más entre cientos— llena el cuerpo de la justicia social de escaras, hematomas, úlceras que no acaban de sanar.

Nazario, en tanto, padece como un Cristo que se asoma a su propia inmolación. Por los puños del tosco chaquetón de mezclilla azul que apenas alcanza a cubrir sus espaldas, asoman dos manos fuertes y curtidas para el trabajo con las arcillas, la piedra o el acero; pero disminuidas, escuetas, apenas suficientes para contener un rosario

de menudas cuentas blancas del que pende oscilante un crucifijo roto. Flotando en el aire, el olor mortecino de los crisantemos se ha adherido al piso y las paredes del lugar, que amenazan con desplomarse en cada sollozo de una mujer que es, a un tiempo, madre y transfigurada Magdalena de una Jerusalén mexicana. A su lado, los hermanos de la joven difunta han buscado refugio uno en el otro con la mirada perdida, sin alcanzar a comprender la aciaga dimensión de la tragedia parental, mientras los escasos asistentes a las honras funden, en un único rezo, la esperanza por el descanso eterno para Guadalupe Valdés Moreno.

El día de su decimonoveno aniversario de vida, el cadáver de la hija mayor de Nazario fue hallado en las resacas inmediaciones del Cerro Coronel, al sureste de la ciudad de Chihuahua, sin más vestido que unos guijarros sueltos, ni más ofrenda que un triste matojo de gobernadora que alcanzó a crecer, como un milagro, entre sus senos marchitos. El hallazgo lo hicieron dos peones de obra, cuya labor apoyaba en la medición de los espacios sobre los que se instalaría la mayor antena de repetición del más grande emporio televisivo en el país. Dieron con el cadáver semienterrado mientras trataban de hincar un teodolito entre las piedras. El mismo día del hallazgo, dos agentes se entrevistaron con los albañiles, quienes de manera un tanto reticente, describieron en términos muy generales las circunstancias del descubrimiento del cuerpo.

—*Dígame, señor Figueroa, cómo y a qué hora fue que encontraron el cuerpo...*

—*Poss... ¿qué le diré? Fue como eso de las diez, once de la mañana... tábamos aquí mi compadre y yo preparándole el*

terreno al inge Corona... el que está a cargo desto, cuando lo divisamos ai nomás, detrasito de aquellas piedras... bueno... lo que vimos fue algo como ropa, ¿no? Luego luego nos llamó la atención el trapo blanco moviéndose con el aire. Fue cuando nos asomamos.

—¿Qué hicieron ustedes? ¿A quién avisaron del hallazgo del cadáver?

—Le avisamos al inge, ¿verdad, Nacho? Nomás lo vimos y corrimos a avisarle al inge... Lo malo es que pos... pa eso hay que bajar a pie desde las peñas hasta el terraplén donde están las trocas del material... no se puede de otro modo... está empinado el camino... y pos, los choferes en ese momento taban echando un taco... entre la una y dos de la tarde, yo creo...

—Las autoridades, ¿llegaron pronto hasta el lugar?

—Nooo, oficial, cómo cree... tardaron como dos horas o más en llegar hasta acá...

Cinco meses después de la desaparición de su hija, desde la frialdad que otorga la cómoda distancia de la desgracia ajena, un funcionario del poder judicial citó a Nazario una mañana de octubre, para identificar lo que parecía ser el cuerpo de su hija. Para el comandante ha sido fácil hablar al afligido padre sobre la obligatoriedad de los procesos criminológicos de rigor, “una de cuyas etapas preeminentes es, precisamente, la del reconocimiento de los restos”. Condescendiente, le dijo a Nazario que comprendía lo difícil de la situación: su primogénita... las condiciones en que fue hallada... las presunciones sobre su muerte violenta... las miserias de la vida... En fin, había que darle cauce a los trámites, para lo que se iba a permitir citar a Nazario, nuevamente, en la Dirección de Servicios Periciales del Estado.

Tuve que pasar a un cuarto helado, Delfina, y el frío me entumió los huesos. Aistaban dos hombres y una mujer en batas blancas, con tapabocas en la cara y secreteándose no sé qué cosas. Olía mal, toda la sala olía mal, como a enfermedad. Empecé a sentir escalofríos en los pies, en las rodillas, en las piernas, en todo el cuerpo... No podía andar... Las piernas nomás no me respondían. Por un momento sentí que la cachucha se me iba a ir de las manos y la agarré fuerte, muy fuerte, hasta que las manos se me engarrotaron... hasta que se me quedaron tiesas.

Uno de los hombres me pidió que me acercara a una mesa de cemento que estaba delante de nosotros. La miré y no había nada... parecía que no había nada. Tenía una sábana blanca encima y yo les dije que no quería... que ya no quería ver nada, que no podía ser hija, y empecé a pensar que mi Lupita iba a volver, que no estaba perdida.

—Mija está trabajando, ganándose la vida, señor. No ha vuelto quién sabe por qué... Estará enojada... Sus razones tendrá... A lo mejor ya llegó. A lo mejor ya está en la casa esperándonos... Ahí está con sus hermanos, con su mamá. Nos dice que ya no se va, que dejará el trabajo, que ya no saldrá, que la vida aquí es dura, pero que mejor se queda con su familia, estudiando nomás...

El médico me agarró del brazo, me dijo que tenía que ver sus ropas, que tenía que testificar que eran della, que la búsqueda había terminado... Me agarró del brazo y me llevó a la mesa... yo no quería. Levantó la sábana y no pude hablar, algo así como un nudo de lágrimas se me atoró en la garganta y no pude decir nada... esa cosa no era hija, Delfina.

—¿Reconoce usted estas prendas señor Valdés?

—...

—*Necesitamos que nos diga si le son familiares estas prendas. Según datos que ha asentado en los registros, son iguales a las que traía su hija la última vez que la vieron, ¿no?*

—...

—*Señor Valdés, necesitamos que coopere con nosotros, necesitamos que nos diga si estas son las ropas de su hija, de otro modo no vamos a poder...*

—*No, señor, esa no es Lupita, hija no traía esos trapos sucios... esos tenis rotos... Esa no es hija... ¿Qué quiere que firme? ¿Paqué necesita mi firma si esa no es Lupita? Esa no puede ser mi Lupita.*

—No quería pasar solo por el predicamento de reconocer a hija, Delfina. ¿Por qué no me acompañaste? —parece decir Nazario, sin mover los labios, a su esposa, quien al borde del colapso se ha acercado para imaginar, una vez más, el rostro de su hija bajo la tapa sellada del féretro.

Retornos

Tras una ausencia de seis años trabajando en los Estados Unidos, Ofelia regresa a su tierra. Como las imágenes de un empolvado álbum de recuerdos, se abren nuevamente, ante sus ojos, el inabarcable cielo turquesa,
los nimbos de enceguedora blancura,
el horizonte pardo de los cerros sin vegetación,
las amplias calles desiertas,
el olor a maíz tierno que en nubes de vapor se desprende del carro del elotero,
el frescor de los zaguanes, reino de helechos y geranios,
la dulzura del jamoncillo con nuez,
las salamanquesas rosadas sobre las amplias y circumspectas casas de adobe,
las afrancesadas bancas de hierro colado,
las aceras de los parques abatidos,
el asfalto de las calles que a la acción del sol y los pesados autobuses ha acabado por reblandecerse, trepando por las aceras en forma de obscenas lenguas.

Camina sin detenerse por lugares que ya ha recorrido en esa ciudad ardiente o gélida, pero siempre alicaída en esa tranquilidad provincial que solo rompe el ocasional desfogue de alguna feria, la llegada de un candidato, la manifestación airada contra una injusticia. Conforme avanza, comprueba que ya no es la misma; que la invade una nostalgia cargada de resentimiento, cuya amargura cambia su percepción de las cosas y hasta de las personas, criaturas obtusas que se mueven, saludan y sonríen como

parte de un deplorable montaje escenográfico en el que lo aparente es lo único real.

—¿Los Ángeles? ¿Qué vas a hacer a Los Ángeles?

—Trabajar. Esta situación no da para más, Josué.

—¿Trabajar de qué? Aquí tus papeles valen algo. Tienes una profesión. Allá no vales nada, con papeles o sin papeles. Aquí eres licenciada, allá eres inmigrante, ilegal, deportable. Lo sabes, ¿verdad? Nadie verá tus papeles... Irás a recoger tomates, a lavar platos, a subemplearte... ¿Lo entiendes, Ofelia? ¿Puedes entender eso?

—Me espera un trabajo, Josué... Y no es lavando platos.

—No te espera nada. Primero falta que llegues... ¿Luego yo? ¿Y Damián? Tu hijo te necesita aquí.

—Tú eres su padre y Damián ya no es un niño. Tiene dieciséis años. Lo poco que pueda requerir se lo puedes dar tú. Y sé que se lo darás...

—Eso es abandono de hogar, y lo sabes.

—Al contrario, si me voy es para no abandonarte muy pronto.

—¿A qué te refieres?

—A los dos. Sabes de sobra que lo nuestro tampoco da para más... Que estoy sola a tu lado, y que estás solo en mi compañía. No hay peor soledad que esa.

—Porque hace años me cambiaste por tus lecturas y tus meditaciones profundas a la luz de una vela, mientras Damián crecía solo y yo estaba...

—¿También solo? Siempre has estado solo, aunque hayas creído lo contrario. El matrimonio no fue para ti más que la compraventa de compañía para rato. Para mí fue la cancelación de una vida completa. El canje de mis necesidades básicas por las necesidades de un hombre que no mira, no pregunta, no indaga, no se indigna, no comparte, no existe dentro de la casa... solo fuera de ella. Y yo estoy viva, Josué... Sigo viva, por Dios, en mis aspiraciones y en mi carne. A mis cuarenta sigo más viva que nunca... aunque eso tú ya no lo notes.

—Si te vas, olvídate de mí, de tu hijo, de tu casa... Te vas con todo y regresas sin nada. Te lo digo yo.

—Ya he tomado la decisión, Josué.

Rendida bajo el peso de la memoria, se sienta a la sombra de un árbol tratando de eslabonar el presente con el pasado sin conseguirlo. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, cubriendo la cara con sus manos. Así permanece durante unos segundos, en los que solo el gorjeo de unas aves puede atravesar la barrera de su pesar hasta llegar a sus oídos.

Ante sus ojos se desliza, primero lenta y después vertiginosamente, una película muda hecha con jirones maltratados del ayer, de entre los que surgen algunas imágenes reconocibles, vagos indicios de que a pesar de todo no ha perdido la cordura, de que no vive en un sueño. Josué, la promesa incumplida; Damián, el corazón robado; Lupe, Rosalba y Andrea, las amigas-cómplices de vida y ocios. La casa heredada de adobes que se cae a pedazos mientras ella y Josué, con la lozanía y la ingenuidad de los 20 años, se adoran desnudos. Ofelia recostada sobre las largas piernas de Josué. Le gusta estar así mientras él —haciendo

de la mano una peineta— acicala con ternura su abundante cabellera negra. Los latidos del corazón de Josué viajan- do en graves resonancias hasta el oído de ella, mientras la noche entera irrumpe por la ventana y se desliza sobre sus cuerpos como un reptil helado y resplandeciente.

...El día termina pronto, Josué, se rige por el compás insobornable de los muchos deberes con que nos llenamos para olvidar que estamos solos; la noche en cambio es eterna, despreo- cupada... No exige de nosotros más que la muda contemplación de su armonía estelar mientras yacemos sobre la hierba, o en el piso de este viejo patio. ¿Por qué no te gusta la noche Josué?

Veinte años después la casa ha sido hipotecada y el auto vendido. Las limitaciones constantes. El acoso de los acreedores en cada timbre del teléfono. El amor crédulo en una oficialía del Registro Civil convertido en el ceremo- nial diario y absurdo del “¿ya llegaste?”, “¿cómo te fue en el trabajo?”, “¿qué quieres cenar?”, “Lo mismo de siempre, Ofelia. Lo mismo de siempre”.

Lo mismo de siempre.

¿Cómo se lo digo? ¿Cómo no se lo digo? ¿Le prometo que volveré? ¿Voy a volver? Te quiero, Josué... pero me quemas. Esta relación me consume poco a poco, porque no encuentro en ella la manera de crecer en lo que quiero. Has estado con la per- sona equivocada y has sido paciente y generoso. No preguntas. Nunca preguntas nada. Asientes y concedes. Hiciste de tu voto de silencio la más hermosa ofrenda a mi persona, que no se ha mostrado a ti nunca como de verdad es, escondiendo siempre su verdadera identidad, fingiendo ser la niña boba que vino de tierras lejanas a estudiar una carrera que llenara su vida de

satisfacciones; la muchacha arrogante que lucha todos los días para conciliar el placer de su profesión con el abandono de sí misma; la melómana que escucha a Stravinsky sentada sobre los enormes vuelos de sus vestidos floridos, bajo la hiedra que ha cubierto las paredes de un apartamento demasiado pequeño para una vitalidad como la suya; la amante de los geranios y los elfos, de los gatos, de las hadas y los dragones marinos... Josué mío, ¿por qué no puedo quedarme a vivir por unos años más en este cuerpo que tanto quieres?

Me voy... no me voy... Sí. Tengo que irme. Te dejo esta carta que no explica nada, pero ofrece una disculpa:

“Me voy porque andar todos los días con una máscara sobre la cara me lastima más de lo que me anima el placer de tu compañía, tan sobria y utilitaria. Ahoga el coraje o el dolor por mi partida en el estanque de los mejores momentos. Pon oídos sordos a quienes hablen de mí sin conocerme, pero escucha atentamente la parte de mi voz que te habla desde el corazón, la que ha anidado dentro de ti.

¿Podrías cuidar bien de lo que te dejo? Eres demasiado limpio, ordenado y silencioso, y la casa necesita de tus hábitos. ¿Podrías también, de vez en cuando, regar las macetas que dejo en la cochera? Por Damián no te preocupes. Yo hablaré con él, y él sabrá escuchar.

“Ofelia.

La reposada visión de un niño que juega a su lado con un cochecito de metal la devuelve de golpe al deslucido presente. Sintiendo su mirada, el pequeño vuelve la cabeza hacia ella para interrogarla desde su universo infantil con una sonrisa inocente. Hasta ahora ha sido un suplicio

fingir ante la gente ser otra persona. En un autoexilio espiritual que no la ha librado del suplicio, ha tenido que aparentar una vida que nada tiene que ver con la verdadera: la de la mujer que ha sobrevivido al dolor de la abnegación, para dejar constancia de los infiernos terrenos y sus siniestros habitantes... pero también del gozo reconquistado de ser mujer otra vez.

Ofelia cierra los ojos con fuerza. Cuando los abre de nuevo, el niño ha desaparecido tras de su madre, dejando en su lugar una porción empolvada de sandía. Cautelosa, una paloma rozagante se acerca a picotearla con frenesí.

El castillo de los Pirineos

A Margarita

I

Aquella tarde, al salir de la biblioteca tras haber pasado gran parte del día sumergido en un texto odioso, llegó hasta Daniel el estrépito de un martillo golpeando contra la duela de un aula. Intrigado, se encaminó hacia la fuente del ruido, nada habitual a esa hora en que el sonido del viento contra las hojas de los árboles era el único indicio de vida en la facultad.

El martilleo cesó poco antes de que Daniel llegara al final del corredor. Ahí, por obra de unas pesadas telas dispuestas a ambos lados de la puerta, vio que la entrada al último salón había desaparecido, transformada en una negra oquedad. Una curiosidad arrebatada lo obligó a pasar, pero retrocedió trastabillando al encontrarse de lleno con una chica de amplia blusa y medias negras que salía, en ese momento, de la pieza a oscuras. Llevaba un martillo en una mano y una robusta engrapadora en la otra. Sorprendido, trató de justificar su intromisión con un balbuceo infantil que ella interrumpió sin miramientos:

—Hola. ¿La curiosidad mató al gato?

—Perdón. Vine a ver de dónde salía el ruido —dijo él con una sonrisa tímida a manera de disculpa.

—¿Gustas pasar a ver? —le preguntó ella haciendo una caravana.

—Depende... ¿Qué es lo que hay ahí dentro?

—No preguntes. Solo pasa si te interesa —conminó ella con una amplia sonrisa rematada en un par de hoyuelos, mientras se sacudía de la ropa papelillos, pegamento endurecido y viruta—. Siempre es saludable la crítica de un letrado, sobre todo si se dice alumno de esta honorable Facultad de Filosofía y Letras.

—Anda, dime de qué se trata —objetó Daniel divertido mientras se sujetaba del marco de la puerta e intentaba ver algo desde ahí.

—Olvidalo —dijo ella cerrando el cortinaje con un gesto de entera dignidad—. Lo que está ahí dentro no es para los que se niegan a participar hasta de lo que les es regalado. Después de todo, un asteroide en un salón de clases es muy raro para ser tomado en cuenta.

—¿Asteroide? —repitió él con incredulidad, al tiempo que intentaba ver nuevamente tras la cortina.

De improviso, la chica lo tomó de la mano para conducirlo por un túnel que serpenteaba sin final previsto. Inseguro, Daniel caminó esforzándose por ver algo en la negrura que llenaba esa suerte de laberinto de telas.

—¿Cómo te llamas?

—Daniel. Y tú eres...

—¿Qué estudias aquí? Llevo días viéndote salir de la escuela a horas inconvenientes —interrumpió ella, sin atender a su pregunta—. ¿Eres una especie de rata de estantería?

—Estoy en Letras Españolas, y no me quedo a deshoras más que para estudiar...

—Te he visto algunas veces en la galería de Olga Elías, otras en el Centro Cultural Vallina... hasta pensé que podrías serías pintor o algo por el estilo.

—Pues ahora que lo dices, sí... Me parece haberte visto también. Varias veces, de hecho.

—Será porque siempre estoy como la gente en los toros: Tras la barrera... expectante... Y bueno, ha de ser que me gusta andar en todo. En realidad, soy buena amiga de Olga.

—¿Pero, qué es esto?

Surgida de un punto indeterminado del espacio, apareció ante Daniel la obra en la que la chica había estado trabajando. Una suave melodía electroacústica parecía arrullar a un asteroide de cartón piedra suspendido por hilos invisibles desde el plafón. En la cima del planetoide se encontraba un diminuto alcázar y, asomando por el ventanuco de la única torrecilla que había en la fortaleza, la figurita de una mujer —una suerte de Rapunzel sideral— miraba con ensoñación las estrellas de lentejuela adheridas a los telones oscuros que circundaban la pieza. Semiocultos bajo la escultura, minúsculos reflectores arrojaban sobre la superficie tenues reflejos ambarinos, simulando la luz de astros remotos. De inmediato, Daniel descubrió en la pieza la reinterpretación tridimensional de *Le chateau des Pyrenees*, el cuadro de Magritte trasladado con sorprendente habilidad a la dimensión escultórica.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Es hermoso... De hecho, me gusta mucho más que el original —dijo Daniel sin poder apartar los ojos de la pieza.

—Porque el mío es mejor que el original —remató ella con arrogancia.

—No me imaginaba que fueras artista... porque la pieza es tuya, supongo.

—Así es, pero no se lo digas a nadie —susurró—. Hay gente aquí que piensa que la instalación es cosa de artistas incompetentes con el lápiz o el pincel.

—¡Ah!... Ya veo —concedió Daniel mal disimulando una sonrisa involuntaria—. La muñequita en la torre... ¿eres tú?

—No es una muñequita, sino una mujer... y no soy yo, somos nosotras —contestó la chica con impaciencia. Él evadió su mirada, abochornado.—Es la idea, aunque no acaba de convencerme el fondo musical... Tal vez debería usar algo más expresivo, más majestuoso... sin caer en lo trillado, por supuesto. ¿Qué sugieres?

—¿Qué tal el Zaratustra, de Strauss?

—Esa pieza se agotó desde que Kubrick la usó para su espectáculo de monos y naves espaciales, Daniel. Pensaba en Vangelis... o Jarre... No sé. ¡*Shepherd moons*!

—¿Enya?

—Es obvio que compartimos algo... Por lo menos en lo musical, ¿no?

—Eso queda claro.

—Esa pieza quedará mucho mejor como trasfondo... Perdón. —dijo ella inclinando la cabeza con humildad—. No te sientas mal: suelo ser tan intransigente con los demás como conmigo misma. ¿Y bien? —interrogó mirando con el rabillo del ojo la escultura.

—Es interesante. Estar encerrado aquí, en esta oscuridad, junto a esta... bueno... este recordatorio de una obra tan querida por todos... Definitivamente trastoca tu realidad, te mueve el tapete. ¿Piensas exponerla fuera?

—Lo estoy considerando.

—Y dime, ¿es esta tu visión personal sobre el género femenino o trabajas por encargo?

Ella esbozó una sonrisa.

—Ok, reportero, ¿qué te hace pensar que trabajo por encargo?

—Bueno, no muchas mujeres están dispuestas a admitir su condición en un país como el nuestro.

La muchacha miró a Daniel con una expresión inquisitiva, como tratando de encontrar el mínimo rastro de hipocresía en sus palabras, antes de volver a la carga:

—¿Y cuál es esa condición?

—Esa —señaló él, apuntando a la muñequita del castillo diminuto—, princesas cautivas en un mundo que alguna vez les perteneció y les fue arrebatado por el hombre.

—¿Es esa tu opinión personal del género femenino, o especulas como portavoz de las ardientes mayorías masculinas?

Una sonora carcajada antecedió a la respuesta de Daniel:

—Creo que sí es mi punto de vista, lo que no necesariamente me elimina como portavoz... después de todo, ¿hasta qué punto nuestras opiniones son realmente nuestras?

—Eres un caso perdido, complicado y perdido. Pero me queda claro que no has estudiado a muchas mujeres

fuera del riguroso examen visual con que nos desnudan como una clara reiteración de su virilidad, de su “condición” en el mundo, como tú dices —terminó mientras se dejaba caer al piso, cruzando las piernas como una niña, frente a Daniel. Él se sentó también frente a ella.

—Me doy. Prometo no volver a darte una opinión a menos que la pidas. Por lo demás la instalación es una propuesta poco habitual en estos lares. Podrías mostrarla en la galería de Olga.

—Quiero que la vea el pueblo, no la Queta Santiesteban o la Negra Ríos.

—Perfecto. Me gustaría apoyarte en eso.

—Lo tomaré en cuenta, aunque creo que ya lo tengo resuelto. Luis de la Barrera prometió darme un espacio en la muestra local del mes entrante, en el Vallina.

—¿A cambio de?

—¿Me crees tan inepta como para tener que pagar con mis hermosas nalgas los favores de nuestras autoridades culturales?

—No quise decir eso...

—¿Que no son hermosas?

Daniel no pudo evitar una sonrisa embarazosa.

—Sí... Digo, no... No hablaba de eso.

—¿De qué hablabas entonces?

—Del acoso. No me negarás que Barrera tiene cola que le pisen en ese tema, ¿me equivoco?

—Algo hay de eso, pero aprende algo, Daniel: los recur-

sos de la coquetería femenina son de una amplitud y sutileza que dejarían perplejo a cualquiera que los conociera. Como pasará mucho tiempo antes de que cualquier varón, incluido tú, lo sepa, no tiene caso que te afanes en descubrirlos.

—Seguiré tu consejo. Como sea, no deja de asquear esa situación.

—Así es. Asquea —dijo ella haciendo girar con su mano la escultura—. Pero este género avanza, y ningún cretino, doctorado o no, aquí o en otro lado, va a detenerlo —terminó ella cruzando los brazos y mirando con una rudeza incierta, casi ingenua, por encima de su hombro.

Daniel le dirigió una mirada fascinada. Luego, colocó una mano sobre el hombro de ella.

—Pues considérame alguien dispuesto a ayudarte en lo que necesites; aunque aparentemente no sea el tipo de persona que suela atraer la atención de la gente.

—Además de curioso y susceptible eres un tanto sentimental. No, no creo que atraigas la atención de la gente en absoluto, pero yo tampoco, así que —al decir esto, le abrió con gracia los brazos en un ademán grandilocuente—, desde este instante, y teniendo como testigo la pavorosa inmensidad del universo, me puedes considerar tu alma gemela. Me llamo Margarita... Mago, para los amigos. Y como tú ya eres mi amigo, me puedes llamar así —enunció extendiendo su mano con gentileza, para después abrazarlo enérgicamente—. Cuando se despidieron, las sombras del anochecer habían anegado ya los corredores de la facultad.

II

No fue necesario mucho tiempo, desde aquella inesperada presentación, para que Margarita y Daniel comenzaran a frecuentarse con cualquier pretexto.

Sus primeras salidas tuvieron lugar a principios de 1980. Asistían a todo convite cultural y social al que fueran o no invitados, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que ella lo presentara oficialmente con su reducido círculo de amistades. En esas reuniones, Margarita y Daniel hacían uso de un código especial con el que clasificaban a las personas que conocían en el transcurso de la noche, en función de un criterio tripartita: llamaban *culturotes* a todos aquellos individuos que, dotados de uno o más atributos que en contadas ocasiones tenían que ver con el ámbito del arte o la educación (léase favorecidos políticos o carismáticos miembros menores de la élite), se habían posesionado de la mejor rebanada de la burocracia cultural, por lo que ostentaban –y abusaban– de cierto poder de decisión sobre cuestiones tan sensibles como la llegada a la pudorosa capital chihuahuense de bailarinas africanas semidesnudas, exposiciones pictóricas sobre la Virgen de Guadalupe en *topless* o conciertos de bandas juveniles de indumentaria y letras políticamente incorrectas. *Culturitos* eran para ellos personajes cuya escasa cultura, reducidas lecturas, mínimo nivel académico, lastimoso gusto e inexistente curiosidad, solían hacerles caer en situaciones tales como plantarse con una copa de vino frente a una obra de arte abstracto y, tras dos horas de enajenada contemplación, exclamar en un volumen que les permitiera ser escuchados por todos a su alrededor: “¡Qué interesante, el maestro cada vez pinta

mejor!”, cuando el maestro había fallecido cuatro décadas atrás. Los *culturices*, en cambio, eran todos aquellos que, como Margarita y Daniel mismos, fingían pescar al vuelo la bendición del conocimiento que culturotes y culturitos arrojaban con displicencia a la multitud.

Con frecuencia, Margarita se mostraba reservada ante Daniel sobre su vida personal, no así sobre su trabajo plástico y el de los demás. Acicateándola, él solía comentar que hasta no asistir a la primera exposición individual de ella no podría formarse una opinión justa sobre sus cualidades como artista, quedando abierta la posibilidad de que en ese campo ella se mostrara como una nulidad, en cuyo caso –bromeaba– tendría que retirarle la palabra. Para ella, por su parte, todo lo que sonara a conveniencia o afectación carecía por completo de valor. Solía despreciar las pretensiones de quienes habían hecho del autobombo y el concurso sistemático por becas la única forma de sobrevivir en el medio cultural de la capital, que, si bien era rico en expresiones originales, se había corrompido por una burocracia que antepone el lucimiento personal y político a los valores humanísticos. Por otra parte, nada merecía sus mejores elogios que las muestras de arte de los jóvenes propositivos que, en algunos casos y muy a pesar del incipiente oficio o escasos referentes ideológicos, se permitían la creación de una obra más auténtica que la de muchos creadores que presumían encontrarse en el candelero artístico de la localidad. Por ello era agresiva en sus críticas no solo hacia los mediocres encumbrados, sino también hacia los artistas con talento cuya obra personal se había entregado al capricho elitista de una minoría pudiente, pero rústica, que había encontrado en la devaluación del

arte con relación a su poder adquisitivo, la mejor manera de ocultar sus desventajas intelectuales.

—Pintan cuadros de tarahumaras sonrientes y paisajes serranos en un estado que ha convertido a sus indígenas en desarrapados trashumantes y a sus montañas en cerros trasquilados —argumentaba ella en alguna ocasión, a propósito de alguna exposición de artistas locales.

—No seas tan dura. Pintan lo que vende y venden para comer... todos los artistas lo han hecho de la misma forma, o bueno, la mayoría lo ha hecho.

—Goitia no se empinó. Pintó lo que quiso en una época dominada por Rivera y su servidumbre de folcloristas.

—Sí... sí... y murió en la miseria absoluta rodeado de perros famélicos. Discúlpame, Mago, pero no comulgo con la idea romántica de la creación sublimada por el hambre, y creo que eso aplica a todas las empresas humanas.

—¿Estás incluyendo en ello a las revoluciones?

—Así es, las revoluciones se hacen con los recursos y la ambición de los ricos. La carne la ponen los pobres, que por lo general quedan tan jodidos como antes.

—También se hacen con amor, con sed de justicia.

—Pues con la sed de justicia de nuestros últimos caudillos se limpiaron el culo los generales y políticos arribistas que medraron al final de la guerra, no se te olvide.

Margarita suspiró profundamente, antes de ensayar una sentencia con tintes premonitorios:

—Daniel: nada deseo más en esta vida que un día encuentres algo por qué regalar tu vida sin pensar en la suela de tus zapatos.

III

Una noche, habiendo bebido hasta el fondo lo que quedaba de una botella de sotol, durante una reunión en casa de Rogelio, Margarita pidió a Daniel y a Sergio, un amigo mutuo, que la acompañaran a su casa donde —aseguró— guardaba una garrafa del mejor de los mezcales. Ya en el auto, los condujo hasta una rotonda sobre la que se alzaba el monumento a la revolución, coronado por una estatua ecuestre de Francisco Villa. De improviso, Margarita pidió a Sergio parar el vehículo, del que salió con cuatro botellas de cerveza en la mano, no sin antes pedir a sus acompañantes que la esperaran con el coche preparado para arrancar, lo que los instaló de pronto en la preocupación.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmado Sergio.

—Nada que haga caer sobre ti un pecado mortal, no te preocupes.

Acto seguido se acercó al pie de la efie y, ante la mirada perpleja de sus acompañantes, arrojó una tras otra las botellas contra la escultura de bronce, como si de bombas molotov se tratara. Lo que vino después lo recordaría Daniel como un mal sueño: el estrépito violento de las botellas rotas, el auto arrancando a toda velocidad, los juramentos de Sergio y el regocijo convulso de Margarita, que pedía regresar a encender el alcohol, a pesar de que no podía mantenerse erguida.

A unas cuadras del edificio donde Margarita vivía, Sergio detuvo el auto, del que descendió visiblemente molesto para abrirles la puerta.

—¡Lleva a dormir la mona a esta cabrona, y quédate con ella! ¡No sé si la loca es ella o nosotros por hacerle caso! ¡Es increíble! Ojalá nadie nos haya visto... ¡Putra madre!

Una vez que se hubo retirado Sergio, Margarita comenzó a tranquilizarse.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca?

—Un poco, sí, Daniel. Lo suficiente para que ningún cuerdo me engañe en esta sociedad jodida.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó él temblando, sentado en el borde de la acera.

—No pasa nada, no te preocupes... Digamos que no me aguanté las ganas de cobrar viejas afrentas. Además estoy ebria, y a los ebrios no se nos toma muy en serio. ¿Me perdonas?

—Olvidalo... Parece que estoy soñando.

Daniel apuró el paso, preocupado por dejar a Margarita cuanto antes en su casa. Sin poder evitar un sobresalto cada vez que escuchaba el ulular de una sirena, sostenía el cuerpo flojo de la chica, que no podía caminar en línea recta. En la quietud de la noche, sus pasos resonaban con fuerza en los rincones solitarios de las calles, que a esa hora no parecían estar habitadas más que por los ecos fantasmales de los transeúntes diurnos.

—Mira las estrellas, Daniel. Las pocas que nos quedan... Ahora tienes que ir hasta el campo para verlas en

todo su esplendor: polvo de diamante, gloriosa regazón de Juno... ¿Has ido a la Sierra Madre?

—No, no he ido a la Sierra Madre —contestó él con sequedad, resentido aún por los últimos acontecimientos.

—Debiera darte vergüenza, pero no importa. Hagamos de ir juntos algún día.

Margarita se afianzó del brazo de Daniel, apoyando la cabeza sobre su hombro. Empezó a hablarle del deterioro de las urbes de México, de su belleza maltratada por la estulticia de las políticas culturales y la indiferencia de la gente, ignorante por convicción.

—Y por esta ciudad, ¿has caminado, Daniel?

—Todos los días, Mago.

—No me refiero a dar pasos sobre ella como mormón desenfrenado; sino a recorrerla, Daniel, a apropiarte de sus sabores, a regalarte el placer de disfrutar la arquitectura romanizada tan sobria, tan callada, que nos heredó la avanzada hispánica. De esas paredes de tierra, cantera y hierro que se pintan de azul en la mañana, de blanco al mediodía y de amarillo en las tardes...

—La he caminado, Mago —comentó Daniel con un gesto de hastío— pero en el dolor de ver su abandono he preferido dejar de hacerlo... Creo que después de todo no hemos hecho nada para evitarlo.

—No te preocupes, no está en tus manos cambiar eso. A mí también me duele. Siento dolor por un patrimonio que se hunde como la legalidad en México: por el culo de la indiferencia. Me agrede ver el destino de las

edificaciones que nos legaron como un tesoro y ahora son burdeles, picaderos... o loncherías, en el mejor de los casos.

—Me molesta tanto como a ti, pero prefiero no pensar en eso...

—El gobierno, Daniel, el gobierno ha pretendido hacer del barrido inclemente de los monumentos históricos la mejor evidencia de que avanzamos, y lo que hace en los espacios arrebatados es cubrirlos de cemento o asfalto, ahogando los cauces naturales del agua, o construir estacionamientos para la cada vez más numerosa horda burocrática... ¡Qué puta idea de la belleza!

Tras un largo recorrido por el centro de la ciudad, llegaron por fin a un callejón tortuoso, sobre cuyos flancos quedaban aún restos de la capital que Margarita había elogiado hacía unos instantes: Enormes residencias con remates en piedra caliza, rebuscadas cornisas y paredes desconchadas que dejaban ver los adobes relamidos por la lluvia; reliquias de una sociedad provinciana que todavía en los cuarentas se enorgullecía de su raigambre nortea y fijaba, en su arquitectura de cantera y lajas, la esencia autóctona de su estirpe vencedora del desierto; sesenta años antes de los McDonald's, los Wings, la cumbia importada y la ejecución a tiros como la única forma de justicia.

—Ahí vivo yo —le dijo Margarita a Daniel señalando un altísimo edificio de apartamentos con fachada de ladrillo y angostas puertas de madera, cuya pintura azul se caía a tiras dejando ver las capas del color anterior. Sobre la portada, hartos de su peso, los balcones parecían a punto de desplomarse sobre la calle.

—Hasta que sé dónde vives... llegué a pensar que dormías en uno de los salones de la escuela, arropada con tus cuadros.

Margarita abrió la puerta, que dejó ver tras de sí un patio enorme, abierto al cielo, en el que esparcía su manto argentino la luna llena. Sobre el piso ajedrezado proyectaba su sombra una escalera que llevaba a los cuatro niveles del edificio, cada uno de los cuales se hallaba circundado por un balcón corrido. Ornamentaban la baranda de los balcones algunos macetones de hojalata de los que pendían helechos y geranios.

—¿En qué piso está tu departamento? —susurró él tratando de no ser escuchado en los que creía eran departamentos habitados.

Aguantando una risotada, Margarita se acercó a su oído, susurrando también:

—Vivo en el tercer piso... pero puedes hablar más alto. En este edificio solo vivimos yo y una colonia de quinientas palomas.

—¿Cómo?

—Así como lo oye, caballero.

Al llegar al primer descanso de la escalera, ella lo tomó de la mano obligándolo a sentarse. Luego, comenzó a tararear una canción que habían escuchado esa noche una y otra vez, mientras dibujaba con su dedo índice arcanos símbolos sobre la palma de la mano de Daniel. Después calló y se quedó mirando, con el arrobo de una niña, el enorme disco lunar.

—Este edificio es hermoso, Mago. ¿Cómo diste con él?

—La propiedad está intestada, así que el dueño no puede hacer prácticamente nada con él. Un abogado amigo mío ha estado poniendo trabas a la maquinaria legal para que el gobierno no se lo quite desde hace tres años. En agradecimiento, se me permite habitar el departamento con la condición de que lo cuide.

—Mago...

—Dime.

—¿Por qué estás en esto?

—No te entiendo...

—¿Por qué estás en la instalación artística? ¿Qué te mueve a invertir tiempo y esfuerzo en obras que nadie en este pinche país aprecia ni paga? —Al oír esto, ella frunció el entrecejo poniéndose a la defensiva.

—Perdona la franqueza, no... no lo quise decir así. Fue un comentario estúpido... Pero creo que podrías estar trabajando en algo que te deparara un desarrollo más amplio, considerando que tienes un talento del que pocos pueden presumir en la pintura... y no se diga en la fotografía. Creo que tu trabajo es excelente, sobre todo cuando abor das ese erotismo a lo Saudek con tus modelos de la calle.

Margarita rio con incredulidad.

—Si tuviera la mitad del talento de Jan Saudek no estaría en este rancho, Daniel. Me sorprendes. En primer lugar, hablas del arte conceptual como si fuera patrimonio de unos cuantos, como si de pronto representaras a esa minoría exclusivista que pretende juzgar a los que nos

acercamos a cualquier actividad con una convicción desinteresada; en segundo lugar...

—No, por favor no lo tomes así.

—En segundo lugar, te refieres a la pintura como una fuente de recursos para mí, lo cual, debieras saber, no busco ni necesito; y para acabar..., ¿de dónde sacas que tengo talento?

—He visto tu obra...

—No has visto nada, Daniel.

—Disculpame, es solo que no te ubico. He visto tu pintura; me parece bastante buena. De hecho, he pensado en presentarte con Peter Benchwood, un galerista de Nuevo México que trato hace tiempo, mucho más honesto que el pretensioso de Óscar Medina, con su galería para amiguitos de cama.

—Daniel, me gusta pintar, pero, como te digo, no lo hago por dinero. Con lo que gano por mis fotos me es suficiente. Además, por el momento no me interesa exponer en Estados Unidos o en algún otro país. Hasta ahora vivo tranquila, ¿no basta con eso?

—Ahí lo tienes. A eso me refiero. Tú trabajas por amor al arte. Yo pretendo vivir de lo que hago. Eres afortunada Mago, pocos pueden darse el lujo de crear para sí mismos.

—Detecto amargura y autocompasión en ese comentario.

—Tal vez las haya...

—Pues no te las mereces. Mira: no sé qué tan afortunada sea, lo que sí me queda claro es que en la instalación encuentro un compromiso y una vocación por la verdad

que no hallo en ninguna otra de mis actividades, ni siquiera en la pintura o la fotografía. Y es que este país sigue siendo un pueblo rabón. En cuanto a ti, ¿crees que no sé de tus obras de teatro, las que jamás me has dado a leer?

—¿Quién te contó que escribo teatro?

—Tengo mis informantes, Daniel. Gente de tu círculo que comparte con mi círculo.

—¿Ah sí? Pues no te has de referir más que al comunicativo de Édgar Mata.

—Al mismo.

—Édgar no me conoce, aunque lo jure.

—Volviendo a ti, harías bien en escabullirte cuanto antes a mejores territorios, donde puedas escribir a tus anchas, vivir de lo tuyo, porque se ve que tú sí buscas eso. ¿Qué te detiene? La universidad en que trabajas no hará más que castrarte como creador.

—Eres terriblemente franca.

—Porque te quiero, Daniel —al decir esto, Margarita llevó por primera vez sus manos al rostro de él, en un ensayo de caricia.

—He llegado a preguntarme la razón por la que nunca me has hablado más de ti, Mago. Jamás me habías dicho dónde vives, por ejemplo, y hasta hace poco supe a qué te dedicas. Hace algún tiempo dejé de insistir por discreción; pero no entiendo la razón de que a estas alturas no me hables más de tu vida, del verdadero motor de tu existencia... A veces creo ver en tu persona mucho más que las instalaciones comprometidas y los cursos de Alatorre que sigues con esmero en la facultad.

—Guau. Espero no volver a hacer otra pregunta que exija el correspondiente vuelto en confidencias. O no lo recuerdas o no me has puesto atención, pero te he hablado en varias ocasiones de mi vida y milagros. Soy chilanga de nacimiento y he estado viajando durante años. Estuve en el sur del país por un tiempo; también en Chile y Argentina, apoyando proyectos de educación, conservación ambiental... algo de rescate artesanal... Por otra parte, lo que dices tiene algo de cierto: mi trabajo y la escuela son lo que más me gusta, lo cual no me define como una mujer sin otros intereses. Tal vez eso me haga más interesante a tus ojos, pero no pretendas encontrar en mí oscuras motivaciones, Daniel. Pasando a otra cosa, ¿desde cuándo conoces a Rogelio?

—Te sales por la tangente. Hace ya tiempo, desde antes de entrar a la universidad.

—El bueno de Rogelio —comentó Margarita entornando los ojos—. Había oído mucho de él antes de conocerlo y créeme, he llegado a quererlo.

—Es una persona a la que yo también aprecio... Oye, estoy pasando poca madre esta noche contigo, pero ya van a dar las cinco y no quiero desvelarme más de lo acostumbrado... Al menos no hasta que reponga las neuronas que he perdido hasta ahora.

—No las repondrás, querido Daniel, pero será un placer tratarte cuando no te quede una sola y pueda abusar de ti a rienda suelta.

—Te me has insinuado dos veces, Mago, y empiezas a preocuparme. Te acompaño a la puerta de tu casa —le dijo al tiempo que se incorporaba—, que ya es tarde.

—¿Me estás mandando a la cama o es una manera delicada de decir que ya te aburrí?

—Tú no podrías aburrir a nadie. Vamos...

Daniel tomó a Margarita por los hombros para subir el último tramo de la escalera. Al llegar a la puerta de su departamento, aquella le obsequió una mirada encendida de sus enormes ojos felinos, para luego echarse a sus brazos, acurrucándose sobre su pecho para decirle con un hilo de voz:

—Quédate conmigo. No me dejes sola, además es muy tarde para que te vayas...

—Mago...

—No te escandalices. No acostumbro insinuarle a cualquier individuo. Tal vez sea que me pareces una persona honesta, y la honestidad escasea en nuestro medio...

—¿Estás segura? —preguntó él deseando encontrar, en la evidente respuesta, la posibilidad de aplacar finalmente el deseo que Margarita despertara en él desde aquella tarde lejana, en la escalera de la escuela, cuando se encontró frente a su mirada profunda.

De aquella noche, Daniel recordaría como entre sueños una botella inacabable de vino, cristales rotos esparciéndose por el aire, una anticuada cama de latón dorado flotando en la penumbra, y la contemplación extática de una profana imagen del paraíso cuando, una y otra vez, ella se montó a horcajadas sobre él y pudo verla como a una diosa antigua de alabastro: Ishtar de limpio torso cincelado, pechos apenas insinuados sobre un talle infinito;

el terso vientre hendido por un ombligo diminuto y profundo, garras de halcón hincándose sobre sus muslos, alas desplegadas y rosados labios entreabiertos, electrificados en la humedad del aire...

Despertó con la luz de la mañana sobre sus ojos y un agudo dolor bajo las sienes. Extrañado en un primer instante por no estar en su cama, Daniel fue reconstruyendo mentalmente los fragmentos de la noche anterior, después de dejar la casa de Rogelio con Margarita. Desde uno de los cuartos interiores, llegó hasta sus oídos el desgarrado lamento del *Adagio para cuerdas*, de Barber.

El cuarto en que se encontraba había terminado por revelarse a la luz del sol, que entraba a raudales por el amplio ventanal. Incorporándose, miró a su alrededor conmovido por la cantidad y calidad de objetos que Margarita atesoraba en un departamento a punto del derrumbe. Las paredes se hallaban enteramente cubiertas de obras de arte. Óleos, acuarelas y estudios anatómicos a la sanguina —seguramente obras de ella—, se arrebataban el espacio de los muros como solo podría verse en los gabinetes europeos de curiosidades. Sobre uno de los burós, una hermosa lámpara de bronce de reminiscencias *art nouveau* se desmayaba como una flor a la vera del río; en el otro, un fauno de Lladró trepado en una columna dórica sonreía siniestro. Desde el muro más amplio de la recámara, una reproducción en tela y gran formato de la *Bailarina en reposo*, de Diego Rivera, salpicaba con sus exuberancias carnales la atmósfera amarillenta de la habitación.

A poco de no escuchar más que el reproductor de cassetes y una tetera en la estufa, Daniel llamó infructuosamente a Margarita, quien al parecer había salido. En pos

de su ropa, que finalmente halló dispuesta bajo una maceta henchida de geranios rojos, sobre una sillita de madera y bejuco que se encontraba en la habitación contigua, Daniel no pudo evitar detenerse a contemplar lo que parecía ser el sancta sanctorum de la casa, que encontró al final de la hilera de habitaciones, después de la cocina. Al parecer era en esa estancia donde ella trabajaba rodeada de los objetos más disímiles. En estantes de todas clases y tamaños, Margarita había intentado ordenar sin éxito docenas de frascos oblongos con tapa de corcho, en los que conservaba pigmentos minerales de toda clase; platos de peltre con arenas de colores, calabazas laqueadas de Olinalá, platería repujada, cristalería en rojo al oro, barro negro de Oaxaca... Sobre los libreros, que ocupaban toda una pared de la estancia, descansaba un acervo literario que iba de los clásicos universales a los latinoamericanos. Costosísimas ediciones italianas sobre arte y obras imprescindibles sobre filosofía, sociología y antropología podían verse en libreros adosadas a las paredes. En el muro opuesto, vitrinas de cristal exhibían preciosas reproducciones de cerámica prehispánica y, suspendidas por sus hilos desde las recias vigas del techo, una extravagante colección de marionetas guiñol de corte antiguo e impúdica mirada descolgaban sus piernas flácidas. Como detalle insólito, perdida entre los rimeros de papel que atiborraban un rincón del piso, una silenciosa olla eléctrica de loza cocía arroz blanco con champiñones.

Ya en el baño, oloroso a rosas y canela, Daniel se excitó con la fantasía de invadir ese pequeño reducto de la intimidad femenina en que la esencia de Margarita asomaba en cada detalle; desde la pequeña cesta para la ropa interior con jabones perfumados, hasta el delicado bordado de las toallas.

Enjuagó varias veces su boca y trató de aplacar el cabello con un poco de agua. Cuando salió, sonrió al reconocer el estimulante olor a huevo y maple de unas rebanadas de pan francés que Margarita había dispuesto en una cesta de mimbre, sobre un mantel a cuadros rojos y blancos que cubría una mesita rústica.

Se acercó para tomar un pan cuando escuchó acercarse los pasos de ella. Al abrir la puerta, ella lo esperaba, como siempre, con los brazos abiertos:

—¿Cómo dormiste? —preguntó Margarita al traspasar la puerta como quien pregunta a un niño si le ha gustado su postre favorito.

—La verdad es que casi no dormí, pero no me hizo falta. Espero que a ti tampoco.

—De ninguna manera —le dijo, dándole un beso en la mejilla—. ¿Viste lo que preparé para *nosotros* por esta vez —*solamente*?

—De hecho, estuve a punto de empezar sin ti.

—¿Hubieras sido capaz?

—De ninguna manera.

Luego del desayuno, ella se levantó de la mesa y condujo a Daniel hasta la cama, donde se acomodó muy cerca de él, mirándole con una fijeza que siempre lo inquietaba, porque no acertaba a definir si lo que quería hacerle era una confesión dolorosa o un reproche airado. Margarita tomó una mano de Daniel para llevarla hasta su pecho, sobre el corazón, y le dijo con un aire de solemnidad:

—Cuando te conocí no supe hasta qué punto me convendría darme el gusto de tratarte; ahora que te conozco mejor puedo decirte que me agradas. Eres una bella persona... pero no puedo ofrecerte en este momento otra cosa que no sea mi amistad con absoluta libertad. No soy una mujer de límites. Aunque muchos digan lo contrario, sé amar, y cuando lo hago, lo hago a tope, por lo que se me hiere muy fácilmente. Cuando estés seguro de que lo que sientes por mí es parecido, podré ser mucho más que la mejor de tus amigas y cómplices; si no lo estás, es mejor que me lo digas...

—Mago... —empezó a decir Daniel cuando ella lo calló poniendo un dedo sobre su boca.

—Que me lo digas en su momento, no tiene que ser ahora. Solo quiero que seamos francos el uno con el otro para no dañarnos después.

Hizo una pausa como para meditar lo que a continuación iba a decir, y apretó la mano de Daniel todavía más contra su pecho.

—No me gusta que me mientan, pero tampoco mentir, por eso no te voy a engañar: mi vida es todo menos simple. Te la ofrezco, pero quiero ante todo que sepas respetar mi privacidad, porque soy terriblemente egoísta y no tiendo a compartir lo que más amo. Por si eso fuera poco, soy una mujer del camino, ¿entiendes? Me gusta viajar en el momento menos pensado... ¿Puedes arriesgarte a eso?

Él asintió con la cabeza y la besó en la frente, antes de tomarla entre sus brazos para decir con la ingenua convicción de los enamorados:

—Jamás te pediré más de lo que tú puedas darme. Lo juro.

IV

Una helada mañana de noviembre, tras un mes de relación, Margarita invitó a Daniel a vivir con ella. Sentados uno junto al otro en la escalera del edificio, contemplaban en silencio la apacible sucesión de las nubes sobre el tejado. Sobre el pequeño y derruido cuarto de servicio de la azotea, se desperezaba una comunidad de palomas bajo el tímido sol invernal. Ella cantaba *La llorona* con voz queda, apenas audible. Llevaba puesto un enorme suéter que alcanzaba a cubrir parcialmente sus muslos. Esa prenda le gustaba a Daniel, porque Margarita acostumbraba ponérsela en los meses fríos, cuando trabajaba en el helado estudio de la casa. En los descansos de esas sesiones de pintura, ella fumaba y él se sentaba junto a sus piernas para apoyar la cabeza en su regazo, donde se quedaba muy quieto mientras aspiraba el aroma floral que ella desprendía, hasta quedarse dormido sobre sus rodillas. Solo despertaba cuando los espíritus de la trementina y la linaza le indicaban que ella había vuelto a su cuadro.

—¿Quieres vivir conmigo, Daniel? —preguntó Margarita en aquella ocasión.

—Eso ya lo sabes, ¿no?

—Necesito que lo digas.

—Sabes que me encantaría.

—En ese cuarto —Margarita señaló hacia la primera de las cinco habitaciones— estará mi estudio. Enseguida

estará el tuyo. El cuarto es chico, pero creo que si saco algunas de las cosas que he acumulado habrá espacio más que suficiente para tu escritorio, libros y papeles. La habitación que sigue será la más importante: ahí descansaremos. He firmado un acuerdo con la señora de allá arriba y me ha prometido que no dejará de estar al pendiente de nosotros.

—¿Qué señora? —dijo Daniel mirando hacia el tercer piso, que se encontraba completamente deshabitado.

—La luna, ¿cuál habría de ser?

Él sonrió apenado.

—¿Cuándo darás un lugar a la poesía, amor mío? —comentó Margarita, como siempre, tras un suspiro.

V

Para Daniel era un hecho que los años pasados con Margarita habían sido los más felices de su vida, muy a pesar del trance de vivir junto a un ser que lo mismo movía al placer que al dolor. Durante los primeros meses juntos, su vida en común se cimentó en una libertad sin límites y una discreción absoluta a partir del acuerdo tácito de no indagar nada que pudiera llegar a comprometerlos emocionalmente. En ese entendido, él jamás preguntó a ella sobre el origen de los recursos que le permitían vivir, estudiar y comprar lo que se le antojaba con un desahogo impensable dadas sus escasas percepciones como artista; ella, por su parte, no sabía de él otra cosa que su dedicación a los estudios y sus tanteos cada vez más prometedores en la literatura fantástica.

Todos los días, al salir de la universidad, procuraban coincidir en casa para la comida, que ella se encargaba de convertir en un ritual gastronómico. Tras preparar los alimentos, convenientemente aderezados con mil y una especias que extraía de una alacena, colocaba un hermoso florero rojo de vidrio soplado en el centro de la mesa, henchido de gerberas que cortaba de sus propios tiestos. Luego, en un vetusto tocadiscos, ponía acetatos de música africana, asiática o caribeña que llenaban de ritmos exóticos cada rincón del edificio.

Sus comidas transcurrían entre gracejadas ordinarias o comentarios sobre sus actividades diarias, tras de lo cual hacían el amor en cualquiera de las habitaciones del departamento, o en el balcón mismo que daba al patio, ante la mirada indiferente de las aves que se posaban en lo alto sobre la inestable cornisa de cantera que circundaba el edificio. Al término de cada encuentro, ella se quedaba muy quieta entre los brazos de Daniel, quien la abrazaba poniendo la cabeza sobre sus senos, entreverando sus piernas con las de ella, para contarle al oído cuentos fantásticos que iba componiendo al hilo. Tras una breve siesta, Daniel dejaba a Margarita en las puertas del semanario, de donde se iba tres o cuatro horas después al estudio fotográfico de Marcos Sepúlveda, donde se había convertido en la laboratorista estrella del fotógrafo, que no dejaba de elogiar ante sus conocidos la “cabroncísima calidez del claroscuro” que solo las manos de Margarita imprimían a sus negativos. Al caer la noche cenaban cualquier cosa antes de irse a la cama, felices de cohabitar un espacio que habían hecho suyo a fuerza de cariño y de compartir el amor por las cosas de simple y efímera belleza.

Entre las amistades que los frecuentaban en su casa estaba Rogelio Alatorre, decano de la facultad y una personalidad entre sus compañeros de trabajo. Daniel lo había conocido en la misma escuela, cuando cursó algunas de las asignaturas de las que Alatorre era titular. Egresado del Seminario Conciliar de Querétaro en los cuarenta, Rogelio era un caudal de saberes que no pasaba desapercibido para nadie que lo llegaba a tratar. Habiéndose recibido como sacerdote, cursó en Roma estudios superiores de teología para volver al país a colgar la sotana, tres años después de su aventura europea. Todos los que lo conocían sabían —porque él nunca lo ocultó— que la renuncia a la vida religiosa no se fundaba en una revisión vocacional, sino en la necesidad profunda de ampliar una labor intelectual que no podía reducirse al dogma religioso, por lo demás incompatible con la homosexualidad que vivía sin reservas de ninguna índole. Ya en México, estudió letras hispánicas e idiomas. En 1973 volvió a Chihuahua, donde un viejo conocido del seminario, íntimo amigo del actual rector de la universidad, lo apoyó de inmediato para que ocupara una plaza de tiempo completo en dos de las carreras de la escuela. Ahí, Rogelio animó el hasta entonces raquítico ámbito cultural de la facultad con la instauración inmediata de programas de difusión cultural que incluían seminarios de alto nivel en literatura, filosofía e historia; edición de libros, círculos de lectura, cineclubes, jornadas académicas, certámenes teatrales y otras más que le ganaron el respeto y la confianza de quienes se pronunciaron por su amistad, pero también la genuina antipatía de quienes se sintieron opacados por su influencia y capacidades, por lo que en numerosas ocasiones tuvo que soportar golpes bajos o ataques directos de aquellos desplazados de sus

cotos internos de poder en la escuela. Para Margarita y Daniel, por su parte, Rogelio representaba la paternidad que, ausente en ambos, fue invaluable cuando cada uno se acercó a él en busca de un apoyo que siempre llegó a manos llenas.

Frecuentes y desproporcionadas eran, por lo demás, las veladas que tenían lugar en casa de Rogelio, las que por lo regular se prolongaban hasta el amanecer. A ellas asistía todo tipo de personajes, amigos los menos, apenas conocidos los más. Minutos después de su llegada, Daniel y Margarita se separaban, en la complicidad de un juego que consistía en criticar furtivamente a cada uno de los asistentes desde su propio espacio de la casa, compartiendo después en el juego de miradas la carcajada que producían quienes, a altas horas de la noche y en el límite de la papalina, protagonizaban los más ridículos desfiguros. Así, se sucedían a lo largo de la noche improvisados bailes flamencos sobre la mesa del comedor, con tenedores y servilletas que hacían de peinetones y mantillas sobre la cabeza; agrias discusiones sobre la distribución de las plazas académicas en la escuela; desenfrenadas encerronas eróticas en el amplísimo baño de la casa (lo que obligaba a más de uno a orinar sobre las rosas del jardín); o desconsiderados asaltos al dispensero *gourmet*, por parte de los más hambrientos. Todo esto convertía el hogar de Rogelio en un auténtico pandemonio en el que los pocos que resultaban bien librados se conformaban con salir al patio, junto al resignado anfitrión, para tomar unos tragos y conversar tranquilamente, mientras los demás se perdían en la bohemia del canto o el sueño, tendidos sobre los finos tapetes que cubrían la mayor parte del piso.

Fue así, entre las muchas reuniones en las que lo sublime y lo ridículo tomaban lugar a cada instante, que

Margarita y Daniel acabaron por consolidar una relación que fue mucho más allá de la amistad solidaria de dos huérfanos de la vida. El tiempo pasó y esto siguió siendo una realidad para Daniel, no así para Margarita, que un día sintió nuevamente el ahogo de su confortable estabilidad junto a un hombre al que quería de veras, pero que nunca sería capaz de seguirla hasta el final de su camino, tal y como ella lo había trazado.

VI

Una tarde de estío, frente al escritorio en que pergeñaba un ensayo para la escuela, Daniel escuchó el portazo habitual de Margarita al llegar a la casa. Tras una ducha de cinco minutos, aquella tomó el estuche de su cámara fotográfica, donde guardó cinco rollos de película virgen.

—En una hora llega Anthony Quinn al Parque El Palomar ¿Me acompañas al evento? Quiero tomar algunas fotos.

—No puedo. Tengo que entregar este texto para mañana. Si me voy contigo es un hecho que no regresamos.

—¿Cómo que no regresamos?

Daniel echó la cabeza para atrás una y otra vez, tratando de desentumir los músculos del cuello, antes de incorporarse del escritorio. Desde la pared, un Polichinela de madera apolillada parecía burlarse de sus esfuerzos, mostrando sus dientes amarillos bajo la sonrisa escarlata.

—Sabes a lo que me refiero, Mago: Cubres la nota, regresamos caminando, “¿nos tomamos algo, Daniel?”, llevo con sueño y no termino mi trabajo, como siempre.

Margarita abrió mucho los ojos en un gesto de asombro.

—Mira nada más, ahora resulta que soy la que te roba el tiempo a pedazos.

—Era broma. Lo que quise decir es que...

—Quítame las manos de encima, te veo luego.

Daniel dejó la pluma sobre la mesa, hizo la silla a un lado y se hincó para aferrar las piernas de ella con ambos brazos, mientras reía sin control.

—¡No te vayas, por favor! Prefiero tus sucios chantajes a que te vayas...

—¡Déjame, te digo!

—¡Llévame contigo, hermosa!

Ella sonrió al fin acariciando la cabellera de Daniel como si de un niño se tratara.

—Vamos. Tomo mis fotos y regresamos temprano, porque me queda claro que no te acostarás hasta que termines. Eso sí, dormirás con las palomas, no conmigo. No me importa que amanezcas con una corona de mierda sobre la cabeza.

—Eres implacable.

—Así es. Siempre que me conviene.

Sobre la pendiente del parque, una multitud demorada se abría paso entre los que habían llegado con antelación para ver de cerca a la celebrada estrella de cine. El pasto, recién regado, despedía un frescor picante. Margarita tomó

de la mano a Daniel para subir entre la muchedumbre hasta la cima de los elevados jardines, abriéndose camino con los codos, mientras cargaba la cámara con un rollo. Artistas locales, periodistas de otros medios, amas de casa con los niños a cuestas, endomingadas indias tarahumaras, cinéfilos y meros curiosos oteaban con ansiedad sobre las cabezas de los que tenían enfrente para ver, aunque fuera de lejos, una fracción del suceso que se desarrollaba en la cima del montículo, donde una escultura de bronce velada danzaba contra los nimbos blanquísimos del cielo.

—¿A qué hora llega, má?

—Ya mero, ya mero...

—¿Quién es?

—Yo quiero mi elote sin chile... ¡Dile que lo quiero sin chile!

—No empuje, por qué no se vino antes.

—Ohhh.

—Abran paso.

—¡Ya viene el gobernador! ¡Ese es su camión!

—¿Quién viene?

—¡El niño, José! ¡Agarra al niño!

—¡Ya viene don Antonio!

—Mira, de veras...

—¡Ai viene el gober...! Miren ¡viene con Anthony Quinn!

—No veo ni madres.

—¡Julia! ¡Julia, acércate!

—Espérame, regreso. —Margarita soltó la mano de Daniel, para subir con audacia hasta el cerco inmediato al pedestal, donde terminó de posicionarse para las imágenes.

El autobús oficial se estacionó sobre la avenida para permitir al gobernador y su comitiva tener un acceso inmediato a la acera atestada de El Palomar, antiguo asentamiento del barrio del mismo nombre, el cual fue demolido para hacer el parque a pesar de las protestas y plantones de la resistencia civil.

Los guardias de seguridad pisaron tierra y el gobernador bajó, seguido de un hombre octogenario. Encorvado bajo el peso de la fama, el personaje vestía un traje gris claro y una corbata roja de seda. Su cabello blanco y huidizo justificaba la apariencia de cherokee, chino, latino y mongol, tantas veces encarnada en la pantalla. La tez era broncea, impecable para su edad. Caminaba a pasos cortos, auxiliado en todo momento por su joven esposa y una pareja de chiquillos vestidos de terciopelo verde, sus hijos. Ocasionalmente, limpiaba con dificultad la nariz con su pañuelo.

—*¡Don Antonio! ¡Don Antonio!*

—*¡Anthonyyyyyyyyyyyyyyy!*

—*¡A la bio, a la bao, a la bimbom...!*

—*¡Ayyyyyy! ¡Ya lo viiiiiiiiiiiiiii!*

Haciendo equilibrio sobre la cerca metálica, Margarita tomó más de veinte instantáneas accionando el obturador con una rapidez pasmosa: Quinn llegando hasta el pedestal de su efigie, Quinn entregando el extremo del lazo a sus hijos para que ellos develaran la placa, Quinn

dando un tirón a la tela que cubría al coloso de bronce cuyos brazos, abiertos al cielo, eternizaban para siempre la danza de Zorba el griego. En la recta final de la ceremonia, las palabras del gobernador exaltaron la figura mítica del astro. Al término del acto tomó del brazo a la celebridad, como si fuesen amigos de toda la vida.

Intempestivamente, Margarita saltó sobre la cerca, llegando en dos pasos hasta Quinn. Un guardaespaldas del gobernador intentó detenerla, pero el actor giró para acogerla casi fraternalmente, con una mirada mansa. Junto a la esposa de Quinn, pequeña y delgada, Margarita se veía como una hermana gemela.

—Margarita Fuentes. Es un placer conocerlo...

—Gracias, el placer es mío.

—¿Cuál es su impresión de este homenaje del pueblo que lo vio nacer?

—He venido pocas veces, ¿sabe?, pero siempre me llevo algo bonito de esta tierra. Esta vez es... esto —dijo levantando un brazo trémulo, como queriendo abarcar la totalidad de la figura que se alzaba detrás suyo.

—¿Tiene en este momento algún proyecto de trabajo en puerta, señor?

—El señor Quinn tiene que retirarse, señorita —atajó un miembro de la escolta.

—No tengo... No. Estoy descansando. Gracias.

—Gracias a usted por su tiempo, señor Quinn, le reitero que ha sido un placer conocerlo... ¡Por cierto, me gustó mucho más como Gauguin que como Zorba! —al

escuchar esto, el actor volteó para mirarla por última vez, con una sonrisa cómplice.

Margarita guardaba la cámara en su estuche cuando la gente que rodeaba al actor se unió para vitorearlo. Daniel y ella bajaron la pendiente a grandes trancos, y tomaron la Avenida Ocampo para dirigirse al centro de la ciudad.

—¿No te lo dije, corazón mío? Le robo unas palabras porque se las robo.

—Siempre te sales con la tuya.

—Así es, socio. ¿Viste que a su edad el señor sigue siendo un rabo verde?

—Oh, sí. Pude ver cómo se deleitó con tus piernas.

—No te burles.

—No me burlo. Acompáñame por unos cacharros que necesito, ¿sí?

—Vamos a donde quieras, Daniel.

—Pues a donde encontremos dos quinqués con reflector de hojalata.

—¿Para qué quieres dos quinqués?

—Eso, princesa, es un misterio.

—Precioso. Todavía crees que me emocionan tus misterios. Te acompaño, de cualquier forma.

En la quietud de la siesta veraniega, el ritmo de la ciudad pareció suspenderse con la agonía de la tarde. Esto incomodó a Margarita. Veinte años de vivir bajo el castigo de sus rayos esplendentes la habían prendado del sol de Chi-

huahua, que en el límite del ocaso hacía del celaje vespertino extensiones infinitas de púrpura deshilada, o patinaba con vívidos acentos latonados los cristales de los edificios.

Se dirigieron a la única tienda donde Daniel hubiera podido hallar lo que buscaba. Sobre la calle Libertad se alzaba un edificio de cantera que ostentaba en lo alto de su fachada una placa de bronce con la fecha de construcción: “1912”. Más abajo, cincelado primorosamente en un bloque de piedra, destacaba en un listón el nombre del comercio: Casa Talamás. En el interior, los ecos de un siglo resonaban en la estantería de madera que cubría en su totalidad las paredes del enorme edificio de dos plantas. Mientras Daniel solicitaba los artículos, Margarita se acuclilló embelesada para ver el interior de las altas vitrinas que exhibían la mercadería como piezas de museo. Moteados peltres azules, jarciería de popotillo y fibras plásticas, vasos y platos de aluminio anodizado en vibrante magenta, ralladores de hojalata, gigantescas ollas tamaleras, tinas de hoja de lata para la limpieza de la ropa o el cuerpo, molinillos de chocolate en madera flameada, coloridas redes para el mandado con asas de manguera plástica, y un sinfín de artículos sobrevivientes a un pasado reciente, condenados a la extinción.

—¿Encontraste lo que buscabas, Daniel?

—Aquí los tengo. ¿Te gustan?

Con sumo cuidado, Margarita liberó uno de los quinqués de su envoltura de papel estraza. Al atravesarlo de lleno, los últimos rayos del sol repiquetearon sobre el cristal del capelo en destellos irisados que iluminaron su rostro. Ella volvió a envolverlo, para acunarlo después entre sus brazos, como si de un niño se tratara.

—¿Te gustan? Voy a decorar con ellos el arranque de la escalera en nuestro patio.

El comentario nubló de tristeza los ojos de Margarita.

—Son preciosos. Déjame llevarlos.

—¿Cuándo saldrá la nota sobre Quinn?

—Este viernes. Tengo que llegar a redactarla para mañana revelar las imágenes. Presiento que Quinn no volverá a México, se ve acabado.

—Realmente muy acabado. ¿Te das cuenta? El viejo está por despedirse y tú tienes las que tal vez sean sus últimas palabras en esta tierra.

—Así es.

Los automóviles —pocos aún, en una ciudad entonces limpia y festonada de rosas— se deslizaban por las calles con suavidad, sin prisa. Colgada del brazo de Daniel, como solía hacerlo, Margarita tomaba aliento una y otra vez para decir algo, prefiriendo callar en el último minuto. Al final, prefirió la cortesía:

—¿Vamos a cenar? Yo invito.

—Okey. ¿Dónde?

—Tú ya sabes dónde, corazón.

—¿Otra vez flautas doradas y tepache? Tu vena popular es inagotable, Mago.

—¿Qué tienes en contra de la comida típica?

—Hemos ido a la fonda de don Jacinto Mora una infinidad de veces...

—Y una infinidad de veces me has agradecido que te lleve, porque te sirve la hija de don Jacinto, esa rubia lechosa de ojos aguamarina que tanto te gusta, ¿crees que no me he dado cuenta?

—Muy bien, iremos a comer flautas...

—Acabó la oferta. Tú vas a invitar, y será en el San Francisco.

—No vuelvo a hablar.

—Es broma. Llévame a donde quieras.

—Vienes muy callada. ¿Tienes algo que decirme?

Ella apretó la mandíbula.

—Mago, te conozco lo suficiente para saber cuándo me dices algo sin quererlo y cuándo prefieres callarlo debiendo decírmelo.

—Me ofrecen una estancia artística en Xalapa, Daniel, y es posible me vaya por un tiempo. No sé cuándo exactamente, pero es probable que sea pronto. Quiero también cambiar de aires por un tiempo... Lo necesito de veras.

Involuntariamente, Daniel oprimió la mano de Margarita por un instante, sin decir una palabra. Ella continuó:

—Espero que me entiendas. Una vez, hace años, te comenté que mi vida no era sencilla y a esto me refería. Me es difícil permanecer en un lugar por mucho tiempo. Siempre ha sido así. En tu caso, me encontraste casualmente en una estación de mi itinerario, pero mi itinerario es muy largo.

Daniel soltó la mano de ella.

—Eres libre de hacer lo que gustes. Después de todo quedó claro que la nuestra iba a ser, ante todo, una relación basada en el respeto a la libertad de cada uno... y tú eres una persona inquieta. Eso sí, no puedo negar que te extrañaré y... ¿qué quieres? Me estás dando en la madre... no podré evitar que esto me amargue por un tiempo.

—Daniel... Solo te estoy pidiendo un tiempo breve.

—¿Un tiempo breve? Estás dejando la relación, Margarita.

—De ninguna manera. Volveré tan pronto como termine mi estancia... Quédate en casa. Quiero que te quedes ahí.

—¿A esperarte?

—A vivir y a trabajar mientras regreso... Sin compromisos... Es obvio que no te pediría fidelidad, sería absurdo. Eres libre en tanto egreso, y si al regresar estás con otra persona, créeme que lo entenderé.

—¿Dices que no sabes cuándo te irás?

—No. Lo que sí es un hecho es que será cuando termine este semestre, no lo quiero dejar trunco... Dos meses, a lo mucho.

—¿Regresamos a la casa, Margarita? Perdí el hambre.

A partir de ese momento no se dijeron nada más. Hicieron en silencio el camino de regreso. Apenas llegaron Daniel se acostó, quedándose dormido al poco tiempo. Al sentir el frío de la noche, Margarita se acercó hasta él para poner una frazada sobre su cuerpo exánime, y una toalla de manos entre su cara y la almohada humedecida.

La ciudad y la furia

Tras una jornada intensa cobrando mercancía en un comercio de baratijas chinas, Consuelo camina rendida con rumbo a la catedral, donde se supone verá a Julián. Él la espera, tal cual le dijo, sentado en una banca cercana al atrio, con un ramo de gerberas en la mano, frente a una avenida congestionada de vehículos. Impaciente, se muere por dárselo en la mano tan pronto la vea aparecer como siempre, caminando con una expresión ausente en la mirada.

Comienza a angustiarse cuando ella demora más de lo habitual. Va a levantarse a buscarla cuando, salido de la nada, un auto se estaciona frente a él dejando las luces preventivas encendidas. Al parecer, el ocupante espera que alguien salga del edificio de enfrente para recogerlo y marcharse. Antes de que pueda reaccionar, sin embargo, otro auto aparece y se adelanta al primero para bloquear una posible huida, mientras un tercero se coloca por detrás impidiendo toda movilidad. Del vehículo delantero salen dos individuos con pasamontañas empuñando un fusil AK-47. Desde su lugar en la calle, Julián ve con horror cómo el conductor intenta protegerse, llevando instintivamente las manos a la cara, cuando una descarga intermitente de proyectiles atraviesa el aire. Julián contempla la escena sin atinar a decir una palabra, sin aliento, sin poder moverse. El estruendo de los tiros lo ensordece de pronto dejando en sus oídos poco menos que un zumbido agudo, penetrante. Las balas atraviesan las manos del automovilista inerte como si estas fueran de cera, y llegan hasta su cabeza, que rebota una y otra vez contra el respaldo del asiento y el parabrisas, dejando untadas sobre

la tapicería y el tablero porciones de piel, sangre, fibra muscular y hueso astillado. Julián quiere levantarse, ponerse a salvo tras las puertas de una cafetería cercana, pero las piernas no le responden. El asesino empuña el arma con fuerza, para evitar que el impacto de cada tiro se la arrebate de las manos. Por el hueco del pasamontañas, una mirada oscura, hueca, inhumana, se desliza consumiendo todo lo que toca, mientras del cuerpo de su víctima queda cada vez menos. De pronto, el sicario no es más un hombre, es un monigote sin vida accionado siniestramente por una fuerza superior que lo hace dirigir sus disparos hacia el guiñapo que es el sujeto masacrado. Sobre el metal y los cristales del vehículo, cada disparo tamborilea dejando tras de sí una hendidura humeante. Julián implora con la mirada que el suplicio acabe, ruega que el enmascarado no vaya a dirigir su ira hacia él, pero la ráfaga sigue, imparable. Exangüe, el cuerpo del conductor se desploma al fin en el asiento del copiloto, vuelto una papilla sanguinolenta. Los cristales hechos polvo sobre la carrocería, la sangre anegando el asiento y la tapicería, el parabrisas, el piso del coche hasta escurrir a la calle, formando un espeso charco. Desde la acera, el asesino sigue descargando el arma —ya sin objeto—, sobre el auto desvencijado. Julián comienza a ahogarse entre los vapores cáusticos de la pólvora.

De pronto los tiros cesan. El atacante se desplaza con agilidad hacia el vehículo que lo espera, y parte dejando tras de sí los fragmentos de máquina y de vida. El automóvil de atrás arranca también para perderse con la agilidad de una rata entre las calles aledañas, ahora vacías.

Inesperadamente, la fuerza que sujeta a Julián en la acera desaparece, permitiendo que se levante por fin con sus flores en la mano, para caminar hacia el auto siniestrado.

Quiere ver lo que había quedado del conductor y no puede. En el instante mismo de la insana revelación, un velo gris enturbia su mirada impidiendo que vea la carnicería. Corre entonces en dirección opuesta a la que tomaron los asesinos. Al doblar la esquina, descubre la razón de que no hubiera ya, en ese momento, vehículos en tránsito. A lo largo y ancho de las avenidas y calles colindantes con su casa, se encuentran decenas de vehículos inutilizados. Conforme se acerca a ellos puede ver los despojos de cada uno de sus ocupantes: hombres y mujeres, niños y ancianos doblados en el último intento por sobrevivir al castigo. Inclutados sobre los volantes, con la mitad del cuerpo fuera de la portezuela, dentro de los portaequipajes o a mitad de la calle, los cuerpos languidecen mientras la sangre corre en ríos interminables hasta llegar al canal del río Chuvíscar, donde se mezclan con las aguas hasta formar un ancho caudal carmesí que huele a sal y a podrido, bajo el enneguecedor sol del ocaso...

Al llegar a un automóvil compacto que estaba aparcado entre los demás, Julián descubre por sus detalles que el vehículo es el suyo; y en todos sus ocupantes muertos el rostro de su pareja. Acallando un grito, retrocede sobre sus pasos, solo para descubrir que los rostros de todas y cada una de las personas que hacía unos instantes había visto acribilladas tienen ahora los mismos rasgos de una Consuelo colegiala, mensajera, ama de casa, novia, doctora, oficinista y amante. Todos son ella y ninguna. Sujetando con fuerza las flores, ahora marchitas, Julián llama infructuosamente, tratando de insuflarle vida con su voz:

¿Consuelo?

la ropa hecha jirones, los zapatos solitarios a mitad de la calle.

Consuelo...

los autos inutilizados, los neumáticos vacíos, el agua de los radiadores goteando sobre el pavimento.

¡CONSUELO!

las expresiones torcidas entre el espanto y la agonía, los ojos vacíos, los labios agrietados en la última y desesperada solicitud de piedad nunca escuchada.

¡¡CONSUELO!!

la ciudad sumergida en el silencio y las miasmas de putrefacción que emanan de los cientos de cadáveres.

¡¡CONSUELO!!

Las gerberas en el piso, ahogándose entre los ríos de sangre que corren por el asfalto.

—¡¡CONSUELO!!

—¡Julián, despierta, estás soñando! ¡Despierta!

Ahogado en llanto, él puede por fin aferrarse a la Consuelo de carne y hueso. Con las manos crispadas sobre su espalda desnuda, ahogado en llanto, seca la voz, Julián apenas puede formular una plegaria.

Un ojo para el recuerdo

A

Navidad. Los Almeida reunidos como en pocas ocasiones, como en los mejores tiempos. Sobre el comedor de granito se alinean suntuosas las porciones de melón verde, higos y sandía. Junto a la fruta jugosa, dispuestos en hermosos tableros de caoba, hogazas de pan de centeno, *chiabattas* y *panettones* llenan el ambiente de aromas a frutos secos, hierbas finas y ajo. En el trinchador, dos pernils de jamón ibérico escurren sus aceites.

Las domésticas se afanan con la cubertería de plata y la loza española sobre la que se servirá la cena, mientras los niños corren de aquí para allá lanzándose uvas que luego quedarán remolidas sobre el piso de mármol.

Valentina está molesta en su habitación. Le fastidia tener que tomar parte en los festines familiares con la prima Zonia, que llega siempre a la mesa con las pupilas dilatadas por los ácidos, el escote desbordado y el amante en turno del brazo (un trepador, sin duda, como tantos otros que viven a la caza de su millonaria herencia en acciones de la empresa familiar de cerámica); el tío Santiago, padre de Zonia y coordinador de operaciones del emporio familiar en el extranjero; su hijo Lorenzo (*Lenchito* para la familia), junior pedestre e incorregible que cuenta entre sus mayores triunfos la humillación sistemática de sus profesores en el colegio, a quienes tilda cada vez que puede, y en su propia cara, de “cobraquincenas” o “tragamanzanas”; la tía Eulalia Almeida, dueña de las franquicias restauranteras familia-

res y ahorradora empedernida que no come —por no gastar un centavo— más que el puchero de res que le prepara en casa Eduviges, una criada de ochenta años que hace sesenta amenaza con dejarla; sus primas Lilián y Lilibeth, mellizas treintañeras que viajan por el mundo en supuestos viajes de estudio donde se embarazan de portugueses, franceses e italianos, para abortar después —secreto a voces— en la clínica que el doctor Jacinto Almeida, hermano de su madre, tiene en Guadalajara; el rebaño de primos malcriados, bes-tezuelas salvajes que brincan de una habitación a otra sin que nada ni nadie los detenga; la tía Carlota y su marido, ludópatas que gastan en una noche de casino las ganancias de un mes como concesionarios automotrices; el abuelo Eleazar Almeida, militar octogenario que no deja de hablar de la decencia de los tiempos ordacistas:

—Mira nada más la bazofia en que se ha convertido México, Leonardito, bajo la dirección de estos gobiernos cada vez más populistas y consentidores. Este país era grande... Chihuahua era grande. Ahora vivimos en una ciudad de indios, rancheros, maricones y escasa gente de bien como nosotros —dice pasando de un lado al otro de su desdentada boca un habano, mientras se palpa las insignias militares de bronce y esmalte en el uniforme verde olivo.

Llega también, por supuesto, el tío Jaime, enfundado como siempre en una gabardina de casimir inglés, botines color miel y un ridículo bastón con empuñadura de marfil que no abandona ni para ir a orinar. No bien ha entrado a la casa, husmea con gesto animal buscando a la menor de los Almeida entre la parentela. Desde su recámara, Valentina, ahora de 22 años, escucha al tío preguntar por su sobrina

consentida a los familiares y a cada una de las criadas, excepto a Mercedes, la criada a quien no se dirige nunca más que con una mirada amenazadora. Es ella quien habitualmente tiene que subir por Valentina en esos saraos:

—Tina, su papá me manda por usted. Que si ya puede sentarse a la mesa. Vamos a servir la cena.

—Dile que no me hallaste, Mechita. No quiero bajar con esa gente.

—No me haga eso, Tina. Usted sabe cómo se pone su papá con nosotras cuando no le hace caso...

—Ya voy Mechita, ya voy.

—Gracias, mijita.

B

Valentina baja al comedor en shorts, medias rojas, tenis *Converse* rotos y una blusa de lino casi translúcida. La mirada de su padre es fulminante y la de su madre se esconde en el asado que acaban de poner sobre la mesa. Sin dejar de verle los senos, su hermano Leonardo chico desaprueba con una sonrisa estúpida, meciendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Son esos modos de sentarte a la mesa, Valentina?

—Pero, Leonardo, es una niña preciosa. Los jóvenes son así, por Dios, les gusta mostrar lo que tienen, ¡y tienen la primavera en su cuerpo! —secunda el tío aborrecido.

Las primas Lilibeth y Lilián ríen con sorna por lo bajo, mientras los demás fingen demencia en la atención de sus asuntos. La chica se sienta en la única silla que ha quedado

libre, casi frente al tío Luis, que no deja de mirarla como a una longaniza en charcutería fina. Valentina contiene la respiración mientras le sirven una porción de cerdo con arándanos y frutos secos. Pasan los minutos y la gente se dedica a devorar su platillo y el alma de los que no asistieron.

—¿Y a qué colegio irás para tu bachillerato, Vale?

—Tu tío Luis te ha hecho una pregunta Valentina —reconviene su madre desde una de las cabeceras de la mesa, ante el silencio obcecado de su hija.

—Eso no lo he decidido.

—Te puedo recomendar muy bien con los lasallistas. El hermano Escobar es uno de mis mejores amigos —adelanta obsequioso el tío, antes de que Leonardo esclarezca:

—Ya está decidido, Luis. El Cumbres es lo mejor aquí. La enviaba a Houston, pero no quiso, hazme el favor...

—Déjala que se quede si eso quiere, cuñado. Por cierto, Vale, te he traído un regalo de Pasadena. Fui hace unos días a ver unas prensas para la uva y me encontré con unos libros hermosos para ti. Mira, acá los tengo... ¿Me permites Leonardo?

—Ve, por Dios...

—Yo no le he pedido nada a usted.

—¿Valentina?

—Estoy cenando, mamá.

El tío dulcifica la voz:

—Nada más quiero que los veas...

—¡Con una chingada madre! ¿No entiende que no quiero nada de usted?

Leonardo alza la voz desde su sitio:

—¡Haz el favor de disculparte!

—¡Y este cerdo, ¿cuándo se disculpará por lo que me ha hecho?! ¡¿Cuándo?! ¡

—¡Valentina! —grita doña Consuelo, quien parece a punto del desmayo.

Los convidados miran con incredulidad la escena. Mercedes y las demás criadas se retiran en silencio a la cocina.

—¿Pero qué te he hecho, Valentina? —alcanza a decir el tío, que vuelve a sentarse con una sonrisa nerviosa entumeciendo su cara, las manos trémulas. Se acomoda el saco y toma nuevamente los cubiertos mientras murmura para sí: *“esta muchacha tuya está cada vez peor, Leonardito”*. Lo que sobreviene en ese momento ocurre con la helada fugacidad del rayo: Valentina se levanta de la mesa empuñando un tenedor. Desborda su rostro la expresión arrebatada de la furia tras los años de abuso sistemático, de descrédito absoluto a su denuncia silenciosa. Apunta con el tenedor al tío:

—¡Salga de esta casa y no regrese, vejestorio hijo de puta!

—¡Baja eso en este instante, Valentina! —grita la tía Eulalia.

—¡Usted no se meta, con un carajo!

El tío palidece y se incorpora para abandonar la escena, poco antes de que Valentina le arroje el tenedor a la

cara con tal precisión y fuerza que va a incrustarse en uno de sus ojos.

El horror se apodera del comedor. Los comensales gritan. Doña Consuelo se abalanza sobre Valentina, que amaga a su tío con más castigo. Leonardo Almeida toma su abrigo para llevar a su cuñado al hospital más cercano, mientras el herido profiere lamentos de buey desollado. La sangre mana en abundancia y cae en gruesos goterones sobre la fruta, el asado y el mármol de la mesa. La cena se da por concluida.

C

Años más tarde, el suceso continúa siendo la comidilla de sobremesa de los que en el Casino de Chihuahua o el Club de Golf San Francisco se reúnen para urdir los más descabellados móviles para el comportamiento de Valentina Almeida. A partir de entonces ella será la loca de la familia, Leonardo no le dirigirá la palabra en un año, y su madre se dedicará a llorar durante meses, preguntándose por qué tuvo una hija tan violenta y un cuñado con debilidad por las niñas. Al tío Luis, por su parte, no le quedará más remedio que hacerse de un bonito parche ocular para cubrir el desastre. No volverá a poner pie en casa de los Almeida.

Lina cada mañana

Como cada mañana, invariablemente, Evangelina sale de su casa temprano, apenas disipadas las últimas hebras de la noche. Camina arropándose con un sencillo súeter y sus propios brazos, tropezando ocasionalmente con alguna de las piedras que revisten las calles alledañas a su hogar. “*Es más económico, vistoso, y su colonia seguirá conservando ese aire tradicional de los barrios viejos y nobles*”, les dijo la señorita que, en el cabildo, los convenció de inclinarse por los cantos rodados en lugar del asfalto, cuando acudieron para gestionar el arreglo de las calles.

Lleva un bolso de mezclilla azul con la cara de un gato rosado en uno de los costados, hechura de su madre para su último cumpleaños. En él nadan los efectos que constituyen la totalidad de su vida como la conoce a tan corta edad: el mandil rojo y amarillo de su trabajo en la rosticería, un espejito en cuyo reverso extiende la cola un pavorreal irisado, el lápiz labial de cereza que tanto le gusta, maquillaje *Angel Face* en polvo, una agenda hermosamente encuadrada en papel amate que le regaló su novio, plumas y una carta formal a su jefe, en la que le solicita un aumento de sueldo en atención a su formalidad y desempeño laboral de dos años. Como todas las mañanas, también, la acompañan hasta la parada del camión el Canelo y el Capitán, los dos perros de don Nabor, su vecino, que cuidan sus pasos hasta la avenida principal.

Siempre la vi salir, tempranito, como a las siete. Iban tras ella mis perritos, que toda la vida la siguen. Le daba los buenos

días, pero se me hace que a veces ni me oía de lo apurada que iba. La vida de Lina era siempre la misma: de su casa a su trabajo y del trabajo a su casa, y luego a la escuela. Una muchacha bien portada, cómo no.

Los animales no suben al transporte público, así que Evangelina los ve mirarla con sus ojos tristes antes de regresar a su casa, espantados por el ruido del camión, que arranca en un estruendo de láminas y muelles viejos. Su camino hasta el centro de la ciudad es corto, pero prefiere hacerlo así a invertir casi media hora caminando entre las calles periféricas a su colonia, que a esa hora ya está abarrotada de mecánicos y vagos trasnochados que la abruman, colmándola de albures y “mamacitas”, “paonde tan temprano”, “como me gustan”, “contigo hasta donde alcance, mi reina”. En el camión, atiborrado de pasajeros como es habitual a esas horas, Evangelina repasa mentalmente las palabras que le irá desgranando poquito a poco a don Eulalio Cardoza, su patrón en el restaurante, cuando le entregue la carta. Sobre el hipotético aumento a su sueldo, reposan muchos otros proyectos de vida: apoyar un poco más en la economía hogareña, su título universitario como ingeniera zootecnista, un empleo mejor remunerado, una casa más amplia para sus padres, un mejor futuro para sus hermanos... todo pasa por su cabeza con la misma celeridad del paisaje a través de las ventanillas rotas del camión, mientras se aferra con firmeza al helado tubo, procurando no salir despedida en cada frenar y acelerar del armatoste maloliente a sudor, a aceite, a fritura.

Ya en el centro de la ciudad, desciende en la avenida Niños Héroes y comienza la ascensión hasta la calle Alda-

ma, entre los puestos del mercado de la calle Cuarta que ofrece, entre miles de artículos de la más diversa variedad, tangas rojas, birria de borrego, masa para tamales, zapatos, billetes de lotería, ajustadísimos pantalones, piratería, menudo de res, pan recién hecho...

Sí claro. Por aquí pasaba seguido... No le voy a decir que a diario, pero pos sí, seguido pasaba pa que le vendiera su cafecito con leche y su pay de queso pa írselo comiendo. Su papá la traía desde chiquita y a ella le quedó el gusto. Bonita muchacha y bonitos sus modos, pa que vea. Es una tristeza ver a lo que-mos llegado. Yo no la vi esa mañana... ¿O sí? No, no la vi; porque hasta recuerdo que mi vieja me preguntó por ella, quería ofrecerle un numerito pa la rifa de la escuela de mi nieto.

Va apurada. El señor Cardoza no tolera retrasos en más de dos ocasiones, y lo que menos necesita es una llamada de atención en ese día, el día de la solicitud de aumento. Cuando atraviesa la avenida Juárez, casi la arrolla sobre el paso peatonal una camioneta Van negra, sin placas. Evangelina se vuelve a echar sobre el hombro el bolso que casi tira del susto, mientras mira fijamente a los conductores del vehículo, dos personas con gorras y lentes oscuros que retroceden un poco para liberar el paso peatonal. Ella retoma su camino esperando un insulto que no llega y comienza a trotar sobre la acera, tratando de ganar los últimos minutos. Tras ella, la camioneta se aparca con prisa y uno de los sujetos baja para mirar a la muchacha, retirándose los lentes. Hace una seña apenas visible al conductor y comienza a seguir a Lina a lo largo de la avenida, hasta que esta desaparece detrás de la puerta del restaurante.

Lina saluda como siempre a su patrón, que a esa hora ya está al pendiente de la llegada de los refrescos y los insumos con que las cocineras irán preparando los platillos del día. Se pone su mandil y saluda de beso a la Panchis, a Alejandra, a Jesusa y a Nieves, sus compañeras en la barra. Por una razón que su patrón nunca ha explicado a nadie, pero es evidente para cualquiera en la pollería, todas las trabajadoras –excepto las cocineras– son chicas como Evangelina: resplandecientes de juventud.

Lina toma posesión de su caja registradora, rompiendo con habilidad los envoltorios de papel de la morralla para depositarla en los cajones que corresponde, al tiempo que anota lo que ha llegado para el restaurante, tal y como se lo va diciendo don Eulalio, desde la bodega. Las cocineras, tres rozagantes mujeres que se pierden entre los vapores de las ollas, hacen chistes a costillas de su patrón y de las muchachitas que se afanan por dejar dispuesto lo que se requiere en la barra y las mesas: Cubiertos limpios, platos apilados, charolas de servicio en su lugar, refrescos en la hielera, servilletas.

En punto de las nueve el negocio abre al público. Ya para entonces, los guisos de pollo en todas las variedades posibles humean tras el cristal de la barra para los primeros clientes.

Lina se fue esa tarde como siempre, a su hora. Platicamos poquito antes de que saliera. Hablamos algo de una carta que me entregó. Esa carta ya la mostré a las autoridades. ¿Qué más le puedo decir? Era una buena muchacha, trabajadora. Llegaba siempre antes que las demás y era la última en irse. Eso sí: últimamente andaba un poco distraída. Decía que por la escuela y... bueno, yo le daba oportunidad de que estudiara en

los ratitos que la clientela bajaba, siempre y cuando no me descuidara la caja. Cuando salió su fue a tomar el camión para irse a la universidad, según dijeron sus compañeras. Todo lo que sé ya se lo dije al ministerio público... y me retiro señores, porque el negocio no espera.

Lina se afana como pocas atendiendo a los clientes que desfilan junto a la barra y llegan hasta ella para pagar sus platillos. De la registradora color verde –algo más que una antigualla–, saca el cambio que regresará con una habilidad pasmosa, mientras urge a las cocineras por las tortillas de maíz o los refrescos que ya faltan en el refrigerador detrás suyo, al tiempo que le indica al comensal dónde puede abrir su refresco y dónde sentarse a esa hora del día en que una mesa desocupada es casi una utopía.

A las cinco y media de la tarde, Evangelina sale de la pollería con su bolso y una negativa inicial sobre su aumento de sueldo: “El negocio no ha ido bien, Lina, y las utilidades son mínimas. A lo mejor entrando el año... ya veremos... Recuérdame entrando el año, Lina”. Camina con prisa evitando a la gente que sale de su trabajo o regresa de la escuela, mientras reacomoda sus planes cual lechera con cántaro roto. Baja por la calle Cuarta para llegar otra vez a la avenida Niños Héroes, donde tomará el camión que la llevará a su escuela. El semestre que cursa es el último antes de su graduación, por lo que asume con carácter la carga de estudiar cuatro horas más tras una jornada de trabajo extenuante. En su prisa, no advierte que la sigue de cerca un hombre de gorra y lentes oscuros que camina con la parsimonia acompasada de un predador seguro de sí mismo, evitando cada alcantarilla, cada poste, cada

puesto que se atraviesa en su camino. Lleva por rostro una máscara inexpresiva como el plástico y una consigna clara: “la encaminas a la Segunda, a esa hora no hay casi nadie por ahí. Te espero con la Van arrinconada. Nomás te le juntas y nos la avientas pa adentro. No la pierdas, pendejo”.

Presintiendo el peligro que la acecha, Evangelina apura el paso angustiada y dobla por la calle Segunda. Quiere pedir auxilio a alguien, nadie cerca. Busca el refugio en algún comercio, todos cerrados. Con la agilidad de una pantera, el tipo se planta detrás de ella. Cuando ella voltea para conocer a su perseguidor pierde el equilibrio. Dos brazos la empujan al vehículo, mientras otros dos la cogen por la cintura. Lina abre desmesuradamente los ojos y pierde la voz en el espanto, para desaparecer tragada por las negras fauces de lámina. Lo último que cree escuchar son dos puertas cerrándose, un chirriar de neumáticos y la voz inhumana del que conduce: “Ya cayó la puerquita... No se te vaya a pasar la mano, eh, cabrón, que esa no se queda aquí... Esa va pa Juaritos”.

Sobre la acera, un bolso de mezclilla con un gato rosado y una promesa de aumento, es todo lo que queda como rastro de Evangelina Acosta.

Batopilas

I

Dentro del dispensario el olor a sudor, a sangre, a medicamento, a lodo seco; afuera, la quemazón de plátanos y mangos bajo el asedio de los morteros. Los tiros emergen de todos lados y ninguno, pasan silbando sobre la calle y van a incrustarse sobre el edificio con un estrépito de cristales rotos, madera astillada y concreto desconchado.

Afuera el desconcierto, la rabia vuelta imprecación, el tronar de los fusiles, la carrera entre el bosque, el rumor cercano de los todoterrenos que se alejan o se acercan según sea el tamaño del terror de los que escuchan, agazapados, en el modesto dispensario vuelto búnker.

Adentro el temblor de los cuerpos, las exhalaciones, los quejidos de dolor, el socorro que no llega, el teléfono muerto. Sobre el piso de cemento, el cristal remolido por los zapatos se esparce como el azúcar. Contra las paredes el golpe seco de las balas, cada vez con más ímpetu, como si en cada impacto el muro fuera cediendo para acabar desplomándose sobre ellos.

Afuera la llovizna menuda y pertinaz. Las calles vueltas canalones de fango, las altas humaredas entre la espesura de la vegetación.

Adentro la ansiedad, el sabor astringente de la saliva seca dentro de la boca. La garganta cerrada por los gritos ya sin voz, sin potencia más que para susurros: *“No hablen... no hablen nada... ya casi se van. No van a venir hasta acá... oigan los tiros... son cada vez menos... ya casi se van...”*.

Afuera un llanto apagado que llega desde el poblado. Un niño. O una niña. Los disparos cada vez más espaciados. El viento que agita las altas copas de los pinos en la entrada de la noche.

Adentro el desconcierto:

—*No vamos a salir de esta...*

—*Apriétate bien, carajo, apriétate bien ese torniquete, Aurora... sigues sangrando mucho... ¡Deja subírtelo más... un poquito más...!*

—*Ya se tardaron demasiado... los de la estatal no van a llegar...*

—*¿Y si vinieran más soldados?*

—*Se está poniendo cada vez más oscuro, dentro de un rato no vamos a ver nada.*

—*No funciona... el cabrón torniquete no para la hemorragia...*

—*No te apures, Aurora, no te apures. Esa bala entró y salió de lado... nomás te rozó la cadera...* —dice Ramón esbozando una sonrisa sanguinolenta, sin dientes.

Afuera la imprecisión de las formas en el enfrentamiento de las últimas luces del día con las primeras sombras de la noche. El rumor de las aves cada vez más apagado. La polifonía *in crescendo* de los loros y los insectos.

Adentro la incertidumbre. El olor de la pólvora mezclándose con la humedad del barro y el vomitivo aroma de las suspensiones y pomadas regadas en las baldosas; la dulce pegazón de los jarabes, las ampollitas y las vendas como una sucia telaraña sobre el piso; el sudor ajeno como propio y el aliento enfebrecido de Guzmán, de José Luis,

de Michel, de Francisco, del “Pecas”... El dolor intensísimo en el costado, encañonado entre el seno y la cadera, dolor que se hunde hasta la espalda, como una estaca ardiente entre costilla y costilla.

—*¿Te sigue doliendo mucho, Aurora?*

—*Sí.*

—*No te recargues de ese lado, voltéate. Ojalá no te hayas roto las costillas en la caída, chingao.*

—*Espero que no. Casi creo que de un momento a otro nos recogen, ¿verdad, Guzmán? ¿Verdad que sí?*

Guzmán cavila. Guzmán baja la vista. Guzmán más pálido que nunca:

—*Espero que sí. La secretaria del comandante Vallejo me dijo que estaría enterado tan pronto colgara.*

—*Vas a ver que sí, Guzmán —musita Aurora casi como una plegaria.*

Inopinadamente, desde la impenetrable oscuridad, venida quién sabe de dónde, una ráfaga de tiros sacude nuevamente el refugio, que vibra con renovada violencia. Sus ocupantes se agrupan nuevamente, se abrazan, el periodista español reza... reza con fervor inaudito, renovado; reza en un susurro quedo que quiere volverse grito: “*En el nombre del padre... nombre del pa... nombre del p... nombre del... nombre d... nombre... nom...*”.

De improviso, la puerta metálica se abre con un golpe seco que hace saltar las bisagras y el pestillo de metal vio-

lentamente. Un grito y ahí están. Revestidos de brutalidad entran cuatro, cinco, seis soldados.

—*Revise de cabo a rabo este lugar, teniente.*

Aurora se repliega sobre sí misma en tanto el militar cumple la orden. Como presintiendo el agravio, enlaza con sus largos brazos las piernas muy juntas.

—*¿Cuántos son?*

—*Cinco hombres y una mujer, mi capitán.*

—*A ellos los sacas y los desapareces. A la vieja...*

—*Está herida, mi capitán.*

—*Pues me la atienden rapidito, porque esa se va conmigo.*

II

En la brumosa alborada, Aurora recoge un poco más la cobija de lana para atajar el frío de la mañana. Intenta moverse, pero el dolor brutal en un costado y otro más entre las piernas se lo impide, por lo que decide quedarse quieta aguardando que el tormento ceda en la inmovilidad.

Desde un punto cercano a ella, el ajeteo de unos pollos se confunde con el crepitar de unas ascuas en el centro del jacal. Procedente de las brasas, un olor a pino ha inundado el ambiente. Con los ojos cerrados, intenta descifrar por los sonidos lo que ocurre en la rústica habitación en que se encuentra.

Un hombre delgado, pero correoso y ágil, se desplaza con prisa sobre lo que parece ser tierra apisonada. De una

despensa metálica, en uno de los rincones de la choza, extrae un envoltorio de plástico en el que hurga con las manos; enseguida, deja caer su contenido —unas tortillas blanquísimas— sobre un comal de barro. Bajo la cobija, Aurora mueve con dificultad sus manos hasta tocar la parte baja de sus costillas, donde la presencia de un bulto blando, húmedo, le hace sentir náuseas. Un ardor intenso en la entrepierna, sin embargo, la hace estremecerse de ira. Se lleva la mano a la boca para contener el vómito y abre los ojos, que se encuentran de pronto con un joven alto de larga y enmarañada barba que, en cuclillas, se dispone a retirar las tortillas que ya se han calentado. Está vestido de mezclilla y lleva sobre la frente un paliacate rojo que recoge su largo cabello. De improviso, gira y la mira con ternura.

—Hola, colega —Saluda el hombre mientras se incorpora para caminar en dirección al catre, donde se acucilla nuevamente para quedar a la altura de los enormes ojos de la huésped.—No te asustes, estás en mi casa. Me llamo César. Traías esta credencial en tu pantalón —dice mostrándole el documento que la acredita como maestra de primaria—. ¿Cómo te sientes?

Con dificultad, Aurora intenta responder; pero no puedo articular sonido alguno. La lengua, pesada, apenas se mueve en la seca cavidad de su boca.

—Llevas aquí tres días, te recogieron en Batopilas. ¿Te acuerdas de algo? Dicen que la refriega entre los *güachos* y la gente del Manco estuvo buena... Pinches narcos, llegaron para quedarse.

—...

—No te sientes bien para hablar de eso todavía, ¿verdad?

—...

—Descansa, no pasa nada. Tengo que salir a la escuela; pero no te apures, que antes voy a pasar por doña Dolores... Lolita, pues... Ella te va a cuidar bien mientras no estoy. Aquí te dejo tortillas calientes, café y unos frijoles para que comas ya que venga Lolita y te ayude. Yo regreso pasado el mediodía.

En un gesto que Aurora agradece en silencio, el hombre reacomoda bajo su cabeza la cobija improvisada como almohada, luego se levanta de nuevo para dirigirse al otro extremo del modesto jacal, donde toma un suéter de lana, un sombrero de palma y un morral en el que mete algunos libros. Después levanta del suelo un pequeño pizarrón que acomoda con habilidad bajo la axila y sale de la casa. Temblando imperceptiblemente, Aurora vuelve a sumirse en las tinieblas del sueño.

Al otro lado del río

I

Primitivo Almada no es un hombre excepcional en modo alguno. Perteneces por obra y gracia de la injusticia social a la colectividad que ha de ganarse la vida con sus manos, y aunque la raigambre de sus apellidos se extienda hasta Portugal, su heredad no alcanzó siquiera los dos barriles de pólvora y los diez metros de sogas que se pudrieron hasta desaparecer entre las aguas salobres del golfo, hace más de quinientos años. No tuvo, como no tuvieron tantísimos otros Almada, Tarango o López, bisabuelos de hacienda o armas que, en un ascendiente glorioso, le hubieran dejado al morir algo más que la humilde casa en la que vino al mundo y los paños de manta con que lo vistieron.

Aprendió a sobrevivir en un barrio de calles torcidas y luz en una de cada tres esquinas, combinando desventajosamente los estudios hasta cuarto de primaria con la ordeña de las vacas, la tuesta de pepitas, el voceo de noticias o la vendimia de frutas que le fiaba doña Engracia, la vieja y sorda propietaria de la única tienda de su barrio.

Recién cumplidos los 10, terminado el último grado de la educación a su alcance, con la aritmética básica y la hermosa cursiva que mantuvo siempre, fue llevado por su padre, un tallista de la piedra, al taller en el que trabajaba con sus hermanos mayores en la dura tarea de cortar, cincelar y pulir la cantera o el basalto que, más tarde, habrían de colocar con argamasa sobre las altas cornisas del Palacio de Gobierno, la escalinata del Palacio Federal o el pedestal

de la escultura de Morelos, frente al entonces recién inaugurado hospital del Seguro Social. El trabajo es duro, el golpe de cincel encallece sus manos y el polvillo que flota en el aire, tras el corte y pulimento de la piedra, va a dar a los poros sellando la piel, que acaba por ceder en incontables cuarteaduras; pero el daño no acaba ahí para su padre y sus tíos: Penetrando lentamente por boca y nariz hasta las mucosas, el remolido polvo de las piedras acabará por sedimentarse en los bronquios de su progenitor, volviendo calcáreos los pulmones, solidificando la respiración que no habrá de liberarse sino en interminables accesos nocturnos de una tos infame, mineral, sin el alivio siquiera de una flema húmeda que escupir al pie de la cama.

Tras la muerte de su padre, en 1961, y cansado de una labor que no les reporta grandes beneficios y sí muchos esfuerzos, Primitivo habló con su madre para anunciarle que se marchaba a los Estados Unidos, donde probaría fortuna en lo que fuera. Una hermana suya, madre soltera de dos hijos ya mayores, se mostró dispuesta a quedarse a cuidar de la vieja, por lo que Primitivo partió en uno los últimos autobuses que cruzaban el Bravo rumbo a la tierra de promisión, sin otra posesión que la esperanza en alto, seguro de que en los *States* encontraría un mejor futuro para él y su familia. Por un tiempo así fue. Recorrió toda la franja del suroeste, luego tomó por el centro hacia el este, hasta llegar a Illinois. Ahí se quedó en una de las acereras más grandes que había.

¿Dólares? los parió con dolor. A su madre le mandaba casi todo lo que ganaba. Él se quedaba únicamente con lo que necesitaba para sobrevivir en *“aquella cabrona tierra, donde hasta los gringos más tripones y buenos para nada lo ven feo a uno, jefecita, y donde hay que fajársela con los fríos...*

Fríos de a deveras, de esos que entran hasta los huesos y aí se quedan calando... Donde sí se sale uno al aire sin nada encima, luego luego siente que la nariz y las orejas empiezan a entumecerse, hasta que no se aguantan de las punzadas... cree uno que se le van a caer a pedazos en cualquier momento. Sí... está duro acá... Pero qué digo, si tiempos duros los he pasado toda mi vida... No duele tanto jugársela pa salir adelante, eso lo hacemos todos en esta tierra, lo que duele es que un día, sin tan siquiera una razón, alguien que ni siquiera conoce uno, que no ha visto nunca a la cara, a quien nada le debe, llegue a querer quitarle lo único que le da fuerzas pa seguir luchando: su sosiego. Eso... eso sí que está cabrón”.

II

Primitivo conoció a Leticia Romero a los 20 años, en un campo de soya, poco antes de regresar a México. Ahí fue a parar cuando renunció a la acerera de Pittsburg y tenía ya un capital ahorrado para comprar el terreno en el que haría su casa. Leticia era de Nuevo Casas Grandes, una población frutícola al suroeste del estado de Chihuahua. Muy pronto llamó su atención la belleza agreste de la mujer y su callado amor por el trabajo con las manos, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que decidiera regresar a su terruño para casarse con ella. En la mente de ambos bullían los planes sencillos de los humildes, de los que en toda su vida no han apelado a otra cosa que no sea la fuerza de sus brazos para llevarse un pan a la boca.

Luego de su matrimonio en Ciudad Juárez, en 1964, la pareja decidió instalarse en esa ciudad, al menos por un tiempo, a la vera del río Bravo. Ahí, Primitivo se convirtió

en padre de su primer hijo, Édgar, por lo que comenzó la edificación de una casa en uno de los muchos lotes ociosos que por aquel entonces era posible arrebatar a sus propietarios, a quienes no interesaban por el momento aquellos páramos desecados por un sol que parecía diluirse unos metros más allá, al otro lado del río, en el limpio espejismo del imperio norteamericano.

Cada tarde, al terminar una más de las improvisadas jornadas de albañilería, Primitivo y su mujer acostaban a su pequeño y salían de la casa para mirar cómo el enjoyado cielo nocturno se volcaba por igual sobre los dos países: uno, cercano, propio y paupérrimo; el otro, lejano, ajeno y pródigo.

—Quiero que nuestros hijos crezcan de este lado, mi Leti, en México —le dijo a su esposa una de esas tardes. Ella, aferrada a su cintura, le entregó su aprobación con tan solo una mirada.

En Ciudad Juárez, largos días de esforzados trabajos costaron a Primitivo la construcción de una vivienda de tres piezas sin ningún tipo de servicio. Dos veces a la semana, un camión cisterna aparecía como una ensoñación entre la polvareda para dejarles la ración de agua correspondiente. Por las noches, la familia extraía de la maraña de cables que caía de los tendidos eléctricos, la preciosa chispa que iluminaría la casa.

En 1974, Primitivo recibió de su esposa el feliz regalo de una niña de enormes ojos cafés, cabellera azabache y mejillas rubicundas a la que pusieron por nombre Soledad. Desde su llegada a la frontera mexicana, Primitivo había conseguido un empleo como auxiliar en la ebanistería de

un cuñado, en el centro de la ciudad. Ahí laboraba desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, de lunes a sábado, mientras Leticia se quedaba al cuidado de un patrimonio erigido con la pura voluntad de los sueños, que ya para entonces no eran tan solo los de ellos, sino los de cerca de ciento cincuenta familias que se habían aferrado a un lote en el desierto, olvidado hasta entonces por la rapiña industrial que un día, a mediados de 1980, terminó por golpearlos definitivamente.

Soledad Almada tenía seis años cumplidos, cuando una mañana llegó hasta la puerta de su casa un funcionario estatal con un abultado maletín. Tenía la intención de hablar con el jefe de familia sobre la inapreciable oportunidad de cambiar su vida. Un emporio maquilador había vislumbrado las enormes posibilidades de desarrollo en La Providencia, como habían bautizado los colonos al predio en que vivían desde hacía dieciséis años. Luego de la construcción de tres plantas manufactureras en sitios estratégicos de la ciudad, la cuarta vendría a consolidar el desarrollo económico de ese sector con la creación de más de trescientos empleos inmediatos y otros más a mediano plazo.

—¿Vender?

—Vender, señor Almada. El gobierno del estado se está comprometiendo a apoyarlos en todo momento para una reubicación decorosa en una de las mejores zonas de la ciudad, con agua, electricidad, áreas verdes, en fin, con oportunidades para una mejor calidad de vida para usted y su familia...

—La calidad de vida nos la hemos ganado a pulso en esta tierra, licenciado. ¿Sabe usted lo que nos ha costado construir este patrimonio pa los nuestros, pa nuestras familias?

—Pero, señor Almada, no puede haber calidad de vida cuando no se tienen los servicios básicos para una vida digna.

—Vivimos dignamente, licenciado... los servicios nos hemos cansado de cabildarlos junto con Olegario Montes, nuestro líder aquí en la colonia.

El licenciado Vega se acomodó el nudo de la corbata antes de decir:

—Disculpe usted... no quise decir eso. Pero es mi deber aclararle que ese patrimonio del que me habla no es suyo, señor Almada... ni de ninguno de los que viven aquí. Le recuerdo que construyeron ustedes sobre terrenos con dueño, en calidad de paracaidistas, y que no hay un solo documento que avale sus derechos sobre los mismos.

—No vamos a vender licenciado. No sé qué le hayan dicho los vecinos, pero nosotros no estamos dispuestos a irnos así nomás. Entienda que esto no se trata nomás de dinero, aquí hemos hecho nuestras vidas.

—No dentro del marco legal...

—No hablemos de legalidades, licenciado, sabe usted bien que pa nosotros no las hay.

—El proyecto que aquí se planea llevar a la realidad, señor Almada, no busca únicamente, como de hecho no busca ningún proyecto económico que avale el gobierno, la ganancia para el sector patronal, sino el desarrollo integral de quienes de una u otra manera se incorporen a esta obra. Este espacio dará cobijo, ni más ni menos, que a la más avanzada industria de cerámica fina en el norte del país, que además...

—¿Otra maquila? ¿Pa qué quiere el gobierno del estado otra maquila en Ciudad Juárez? ¿No hay suficientes?

—*Para el gobierno del estado siempre serán insuficientes los esfuerzos que se hagan para hacer que repunte la economía chihuahuense, señor Almada.*

Primitivo esbozó una sonrisa irónica.

—*¿Pa'l desarrollo económico de quién, licenciado?*

—*Suyo y de sus hijos, señor... suyo y de sus hijos...*

—*Le agradezco su visita, licenciado, pero de antemano le digo que de aquí no nos vamos. No trabajé doce años pa que de buenas a primeras venga usted a decirme que me tengo que ir porque alguien necesita más terreno pa su beneficio personal y, perdonando la expresión, hacerse más rico chingando a los jodidos con la anuencia del gobierno.*

En un gesto conciliatorio, Leticia se acercó a Primitivo, que comenzaba a llenarse de ira.

—*Hoy vengo en un plan de negociación, señor Almada, pero debo notificarle que en caso de no llegar a acuerdos con ustedes, los terrenos serían expropiados y ustedes se verían en dificultades legales muy serias. Lo único que trato es que todo esto sea más sencillo.*

—*¿Más sencillo...? ¿Entonces nos está amenazando?*

—*El gobierno del estado nunca amenaza, señor Almada; al contrario, está para servirles.*

—*Pues mire usted que hasta la fecha no nos ha servido pa maldita la cosa, licenciado. Ni agua entubada tenemos...*

—*Le insisto que solo se mejora en el marco de la legalidad...*

—*Pues ya le di mi respuesta.*

El licenciado Vega hizo una profunda inspiración antes de levantarse de la silla que Leticia le ofreció a su llegada, cerró su portafolios y dirigió a Primitivo unas últimas palabras:

—*No tiene ningún caso ir contra el desarrollo común, señor Almada, créame. No voy a volver a molestarlo.*

Dos meses después, una flotilla de bulldozers y excavadoras arribaron al paraje con el auxilio de la fuerza pública, donde mordieron con furia los terrenos, tragándose las modestas construcciones que hasta ese momento los colonos habían edificado sobre el solar. Hubo catorce detenidos, ocho heridos y catorce muertos, lo que de ninguna manera se comentó en la prensa de entonces, que calló dada la amistad entrañable que existía entre Esteban Duarte, joven accionista del grupo inmobiliario Avance, y Eduardo Guerrero Limón, dueño a la postre del diario *El Fronterizo*.

A Primitivo, Leticia, Édgar y la pequeña Soledad, por su parte, no les quedó más remedio que contemplar, desde la seguridad de una loma cercana, cómo las casitas de ladrillos rojos, al pulverizarse, parecían desangrarse sobre la inmaculada extensión del páramo.

Como si fueras a volver

Benjamín Lucero llegó al mundo una mañana de mediados de los años cincuenta, en una pequeña casa de piedra desde la que podía verse, en toda su amplitud, el río Chuvíscar. El afluente, cuyo caudal parte en dos el centro de la ciudad de Chihuahua, no había sido canalizado en esa época, razón por lo cual sus aguas, habitualmente quietas, aumentaban peligrosamente su volumen en agosto de cada año, durante la temporada de lluvias que por aquel entonces era puntual y copiosa.

Con miras a dar continuidad a una investigación más profunda para esclarecer la desaparición de Amaranta Lucero, hija de Benjamín, Natalia Quezada llegó una tarde a la colonia Revolución, el barrio donde la familia de Amaranta se había asentado desde hacía algunos años, tras la compra de su casa en el viejo barrio de El Palomar, por parte del gobierno del estado, que había proyectado levantar el primer gran parque metropolitano de la ciudad en ese espacio. A Lucero y a por lo menos quinientos colonos más no les quedó otra opción que dispersarse, a mediados de los años noventa, hacia algunos de los asentamientos más populosos de la urbe.

Era aún temprano cuando la funcionaria judicial dio con su casa, enclavada al final de una larguísima calle, asfaltada solo en algunos de sus tramos. Graciela Moreno, esposa de Benjamín —una mujer de finas facciones, tez blanca y negrísimos lunares—, recibió a la mujer con la llamada gentileza de los que se han acostumbrado a dar lo que no se tiene, en la histórica paradoja del pobre universal.

Tras las presentaciones de rigor, los Lucero compartieron con la agente café soluble y pan dulce que Josefina, la hija menor, fue a comprar en ese momento junto con su madre, sin atender a las negativas de Quezada. Ya en la sobremesa, Benjamín le mostró algunas de las fotografías familiares que conserva en el interior de una desgastada caja de zapatos, la que hace las veces de álbum familiar. De entre las imágenes quebradizas que él fue sacando, con la delicadeza de quien toma una mariposa entre los dedos, una particularmente llamó la atención de la agente. En ella aparecen posando para la cámara varios hombres de tez curtida en una calle empedrada y cubierta de nieve. En una de las esquinas inferiores puede leerse con dificultad una fecha que el anónimo fotógrafo, o el primer propietario del documento, escribió con tinta sepia: *16 de diciembre, 1910*. Sombreros de ala ancha en fieltro, toscos zapatones de cuero, tirantes deshilachados sobre una camisa agujereada y sacos de pana raída definen la estampa de la mayoría en el viejo retrato. Algunos ni zapatos llevan sobre sus pies cenizos y agrietados. Entre los que posan, solo aparece un niño de cuatro años y gesto resuelto que monta un carromato de lámina. “Es mi abuelo”, musita Benjamín, al tiempo que extiende su enorme dedo índice sobre la foto. “Los demás son todos parientes míos. Ai donde ve, este es el primer antecedente histórico de mi familia”, finaliza Benjamín con un dejo de orgullo mientras devuelve a la caja las fotografías, ahogado entre la nostalgia de un pasado entrañable, y la desolación de un presente cargado de fatalidad.

Mirando de vez en cuando a Graciela, que lo escucha devotamente apretando su taza de café entre las manos, Benjamín relata que sus ancestros llegaron del cam-

po hasta esa parte de la ciudad a principios del siglo XX, atraídos por el trabajo en los mercados y los innumerables sembradíos de hortalizas aledaños a la aún pequeña capital de Chihuahua, así como por el frescor del agua que encontraron entre los cauces de dos arroyos y un río, de los que extraían el agua para beber, lavar la ropa y bañarse.

Con el tesón y la gracia de las cabras montaraces, escalaron los altos flancos que delineaban el cauce del Chuvíscar para hacer, en las cuevas naturales que se hallaban en ellos, sus primeras casas a la usanza de los indios rarámuri: cerrando la boca con adobes de barro y paja para atajar el inclemente frío de enero que, en estas tierras, cortaba la piel como una hoja acerada. Junto a estas rústicas viviendas, bandadas de palomas grises anidaban en los resquicios formados por el agua de la lluvia al correr por las laderas. Fue esta la razón de que los colonos llamaran a este, su barrio de origen, El Palomar.

Dos catres, una rústica estufa de leña y un trastero de madera desvencijada fueron las primeras pertenencias de sus abuelos Eustolia y Trinidad, que se dedicaron, respectivamente, al servicio doméstico en las aristócratas quintas de San Felipe el Viejo, y a la siembra y cuidado de tierras ajenas como mediero. Tales fueron los orígenes de sus abuelos y, por ende, de sus padres y él mismo, que creció bajo el estigma que marca indeleblemente a los nacidos en la pobreza.

Paulatinamente, valiéndose de plataformas de madera que deslizaban sobre canalones de barro húmedo, los colonos extrajeron enormes cantos del río para empedrar la primera calle del barrio, y con la tierra de los barrancos hicieron adobes de lodo y paja que cocieron al sol para edificar sus primeras viviendas en las zonas más altas de

la ribera norte. Una sucesión de huertos familiares tras los patios les proporcionaba legumbres, y los hatos de vacas que habían conducido desde el campo, y para entonces se habían multiplicado bíblicamente, les proveían de lácteos para sus mesas. *“La leche llegaba a cada casa a lomos de un burro, que de tanto brincar por las calles, convertía la leche en mantequilla dentro de los cántaros”*, recuerda la esposa de Benjamín, con una voz apacible que mueve a la evocación.

En la alborada del siglo, las altas torres de la catedral metropolitana eran el más alto punto de un horizonte sin mácula. Su orografía, llana en buena parte de su extensión, era interrumpida solo por los cerros Santa Rosa, Grande y Coronel. La ciudad era algo más que un pueblo grande en el que aún no era habitual asistir a la muerte violenta de alguien sino por accidente, en algún lance de cantina, o como resultado de alguna que otra escaramuza de las tropas revolucionarias. Hasta sus calles serenas y limpias bajaban de cuando en cuando los indios de la Sierra Madre a vender las pesadas cobijas de lana, los violines de pino, o los enormes tambores de cuero crudo que ellos mismos hacían. En los comercios de las calles Sexta, Juárez o Cuarta podían encontrarse artículos de la más amplia variedad para el campo y en las pequeñas termas provincianas del mercado Reforma —aquel que inaugurara nada menos que el presidente Juárez—, el festín de los placeres y las necesidades más diversas hallaban sitio entre sus recias portadas de cantera tallada.

Fue así como Benjamín Lucero creció, a pesar de los pesares, para volverse un hombre como demandaban lo usos de su época: formal, laborioso y comprometido hasta la saciedad con los suyos. Quizá por eso fue que, tras la

desaparición de su hija una tarde de agosto, al regresar de la escuela secundaria donde estudiaba, no podía comprender las razones de la vida para ensañarse con él y su familia de esa manera; para pagarle, con un dolor que no cesa, los desvelos de toda una vida bregando contra la necesidad.

Antes de dar por terminada la entrevista, después de una larga hora contestando dolorosas preguntas sobre su hija, Graciela y Benjamín accedieron a la solicitud de la agente de pasar al interior de la casa para conocer la habitación de Amaranta. Cuando entraron les pareció sentir, como un aliento tibio, la presencia de la adolescente en ese santuario del dolor. Encima de su cama perfectamente dispuesta, los pocos útiles escolares que conservaron los padres después de la desaparición de su hija reposan fríos, callados. En la pared, corazones rojos de cartoncillo, confidencias en papel de sus amigas, carteles con la imagen de algún ídolo juvenil. Sobre una sencilla mesa que hace las veces de escritorio, jirafas y osos de tela esperan un abrazo demorado. Ropa limpia en un armario de madera. Zapatos escolares. Bisutería sencilla y primorosamente ordenada en un alhajero de yeso comprado en alguna feria. El pequeño universo de Amaranta suspendido de pronto en un inesperado giro del destino, donde hasta los objetos más significativos tienen caducidad, padecen el maltrato y mueren.

Su madre, entretanto, esperó recargada en la jamba de la puerta sin derramar una lágrima, sin siquiera un reproche. Suspiró apenas mientras sus ojos descansaron con ternura sobre las mudas pertenencias de su hija. A punto de dejar la habitación, un murmullo apenas audible llenó el desolado espacio: “Te tenemos tu cuarto como a ti te gustaba, hija. Así... como si fueras a volver”.

Las cosas aparentes

1

Frente al espejo del lavabo, una necesidad irreprimible de validar la ilusión lo hizo regresar a la puerta, para mirarla con la mayor discreción posible. Bebía a solas en una de las mesas más apartadas del lugar, donde repasaba las notas de una libreta minúscula. Ajena por entero a los borrachos que al pasar a su lado la miraban con más curiosidad que lascivia, solo despegaba los ojos del cuadernillo para mirar de soslayo su reloj infantil de pulsera, dar una calada voluptuosa al cigarrillo, o pegar un largo trago al vaso de cerveza que se entibiaba sobre la mesa.

Replegado contra la pared húmeda del sanitario, Gabriel Prado lamentó encontrarse con ella en esa etapa de su vida, tras haber padecido y superado el calvario de una separación abrupta, sin razones, sin adiós.

2

Se conocieron en la universidad, doce años atrás. Poco después de la conclusión de sus estudios en derecho, Rebecca Sánchez se fue de Chihuahua para establecerse en la Ciudad de México. Gabriel continuó con sus estudios hasta graduarse en teatro. Tras un breve período como director de una compañía mediocre, en Coahuila, regresó a la Facultad de Filosofía y Letras como catedrático. Ahí se reencontró con Federico Márquez, ex condiscípulo y ahora encargado de una secretaría en dicha escuela.

Una tarde, al final de una sesión en la que se dedicaron a afinar los detalles de una engorrosa tarea administrativa, Federico lo invitó a tomar una cerveza en algún sitio.

—Estoy jodido, Fede. Discúlpame.

—Dos cervezas nada más, cabrón, y pelamos gallo...

—Estoy muerto, de veras. Además, mañana tengo clase a las nueve.

—Van a estar Rolando y Antonieta. ¡Vamos!

—¿Rolando? Fede, ese con dos tragos se pone insoportable; y Toñeta no se diga: le da por vomitarse encima de uno... Nooo, paso. Lo que menos quiero es hablar de la escuela, y esos no se saben otra. Parece que les pagan por hacerlo.

—No chingues, te tomas dos conmigo y yo mismo te llevo a tu casa, ¿va?

—Está bueno.

Parroquiano a la vieja usanza, Federico condujo a Gabriel al Tívoli, una de las pocas cantinas que habían sobrevivido a la proliferación de bares a la americana, donde los licores adulterados circulaban tan libremente como la marihuana y los estimulantes de laboratorio que consumían, en cantidades superlativas, chicos y jovencitas de cabello azul y argollas en el ombligo, para bailar sin desfallecer toda la noche.

En aquel lugar el tiempo parecía haberse detenido veinte años atrás: Sobre el amarillo congo de las paredes se extendían, a plenitud, carteles taurinos, bovinos disecados y fotografías de boxeadores extintos, cuya jovialidad

en sepias competía con el rabioso colorido de Isela Vega, Maritza Olivares o Meche Carreño. Desde uno de los muros más amplios, sobre una repisa con flecos que hacía las veces de altar, una imagen a gran formato de Pedro Infante, bellamente enmarcada, apadrinaba los tragos con su sonrisa beatífica.

Seis eran las mesas para los escasos parroquianos, que hablaban sin atender al monótono canturreo de un guitarrista tan flaco como su instrumento. Más que tocar, el sujeto danzaba con su guitarra, desplazándose en pasos cortos hasta donde se lo permitían sus enormes botas con puntera de metal y el evidente letargo, previo a la embriaguez, que lo ofuscaba. Al término de cada pieza descubría su cabeza en un gesto ceremonial, para extender su arriscado sombrero de palma a los presentes, en la colecta nocturna para su garrafa diaria de alcohol de caña. Aunque no era muy tarde, el cantinero —tipo robusto de ademanes cansinos—, parecía no ver llegar la hora de cerrar el desolado negocio.

Gabriel creyó ver a Rebeca desde que se sentaron, aunque prefirió no comunicar nada a Federico, quien pidió de inmediato un par de cervezas que apuraron en unos cuantos minutos. Al término de la segunda ronda, Gabriel se dirigió al baño con la secreta intención de fingir, al salir, un malestar estomacal que le permitiera dejar cuanto antes el lugar ante el inminente encuentro con ella. Cuando salió, para su sorpresa, Federico se encontraba ya en compañía de Rebeca. Apenas lo vio, aquel comenzó a llamarlo a grandes voces para que se uniera a ellos.

—¡Mira nada más quien está aquí, hermano! ¡La Beca! —exclamó eufórico su amigo.

Sin poder ocultar su contrariedad, Gabriel se acercó a ellos secando apresuradamente sus manos sobre los pantalones. Inopinadamente Rebeca se adelantó, levantándose de la mesa para abrazarle con una efusividad que no cabría esperar de ella.

—Qué gusto verte otra vez, Gabriel —dijo ella sin acabar de soltarle.

—Igualmente... ¿Cómo estás?

—Bien... gracias. ¿Qué me cuentas, sigues en lo tuyo?

—¿Lo mío? Si te refieres a la escuela sí, me he quedado en eso. Ya sabes, haciendo malabares con lo que gano.

—Me refería a la dramaturgia. Lo demás es lo de menos, en tu caso.

—Hace tiempo que no escribo —dijo él sin conceder más importancia al asunto—. Qué sorpresa verte. Tú también estás igual —mintió tratando de ocultar, con un cumplido forzoso, el desencanto que le causó verla nuevamente en ese estado.

En un gesto conocido por Gabriel, Rebeca bajó la mirada, para luego fijarla sobre él con una ternura rayana en la nostalgia. Fue hasta entonces que pudo ver con atención su rostro, donde un gesto parecido a una disculpa comenzó a debilitar su resistencia inicial a verla. Acabó por rendirse cuando se convenció de la impiedad del rencor ante el semblante extenuado, la inocultable ansiedad de una mujer cuya fortaleza parecía minada por algo más que una vida a la deriva. Bordeando sus ojos húmedos, una sombra violácea evidenciaba desvelos constantes y, sobre la frente perlada en sudor, un sarpullido que solo aparecía en

su piel en etapas de gran tensión nerviosa lo desconcertó sobremanera. Su cuerpo, antes firme y voluptuoso, lucía ahora magro y debilitado.

—Tanto tiempo sin verte. Cuéntame, ¿qué has hecho de tu vida? —preguntó a Rebeca sin más remedio, invitándola con un gesto a sentarse nuevamente.

—Vivirla, Gabriel —suspiró—. Sabes que nunca he planeado un solo día de mi vida —al decir esto sonrió con ironía y se inclinó sobre la mesa para, con la mirada fija sobre Gabriel, distraerlo del acto de tomar su mano con delicadeza, casi con culpabilidad—. Paso el momento y es todo. Concluí mi posgrado y he estado viajando; enseño, escribo... Ocasionalmente doy algún taller, como tú. Como sabrás, para los que tenemos el corazón desarraigado hacer lo que nos gusta es todo un privilegio.

—Pero Rebeca —intervino Antonieta, quien devoraba cacahuates con el desparpajo de una niña—, desde que desapareciste todo mundo ha preguntado por ti. Y has de ver lo que se decía, el último rumor que nos llegó...

Con un carraspeo discreto, Rolando la conminó a callar; aunque Rebeca ignoró por completo el comentario. En ese momento, un hombre de lentes gruesos y cabellera sublevada —al parecer un conocido de Federico y Rolando—, comenzó a llamarlos desde la barra, lo que aprovechó Rebeca para guardar con premura su libreta en el deslucido bolso de charol que llevaba. Antonieta se levantó también en busca del sanitario. Ante la incomodidad de quedarse a solas con Rebeca, Gabriel apuró su trago para levantarse y despedirse, pero ella fue más rápida:

—Acompáñame a la puerta, Gabriel.

—¿Te sientes mal?

—Sácame de aquí, por favor... antes de que los muchachos regresen.

Convencido de que esa noche algo afectaba notoriamente a Rebeca, Gabriel consintió y la llevó fuera de la cantina. Poco antes de alcanzar la acera escucharon a Federico, a quien como única explicación hicieron la seña de que volvían enseguida.

3

Un viento fresco, cargado de humedad, les dio de lleno en el rostro cuando salieron a la calle. A un estremecimiento de ella, que no llevaba puesto más que un ligero vestido, Gabriel se quitó el saco para ofrecérselo.

—No te desabrigues, corazón. Estoy acostumbrada a nuestros fríos.

—De ninguna manera. Cúbrete ¿Vienes en carro?

—A pie. El Gordo acaba de pasar a manos más consideradas que las mías... lo vendí hace poco —contestó ella aludiendo a un desgastado Volkswagen que, en sus mejores días, los había llevado hasta las costas de Oaxaca. Apparently, la situación económica de Rebeca era tan apremiante como la emocional.

—Mi departamento queda cerca, Rebeca. ¿Quieres que vayamos a platicar ahí un rato?

—No... Todavía no. Vamos antes a dar una vuelta. Necesito tomar aire.

—¿Qué te pasa? Desde que te vi adentro te noté algo tensa... ¿Tienes algún problema?

—Mis problemas son los de siempre, Gabriel, no te apures. Además ya estaba pasándome de copas.

Al poco rato de caminar sobre la calle Victoria, llegaron hasta la Plaza Mayor, donde una multitud enloquecida había tomado su lugar para la ceremonia del Grito de Independencia. Sobre un templete a mitad de la plaza, una cantante local venida a menos berreaba una canción vernácula. Por primera vez desde que se reunieron en la cantina, Gabriel vio a Rebeca sonreír como una niña.

—Siempre nos gustó este fandango, ¿recuerdas?

—¡Pero cómo no, Gabriel! La desmemoria colectiva es fascinante. La necesidad de seguir rindiéndole pleitesía al verdugo.

—Te refieres a...

—Fíjate en la gente. Aunque nadie en esta plaza sea un patriota, todos vienen a celebrar los rituales del poder. Cada vez más previsibles, por cierto. Alguna vez me pidieron una reseña de este desmadre para un artículo. Nunca la hice.

—Me encanta tu sarcasmo, Rebeca, sigue siendo el mismo.

—¿Por qué habría de cambiar? ¿Cambia este país?

—No. Seguimos sintiéndonos chingones cuando le mentamos la madre al gobernador entre el gentío.

—Claro, el anonimato concede. ¡Ayúdame, Gabriel!
—al decir esto, se apoyó en sus hombros para subir a uno

de los bolardos que, por aquel entonces, habían instalado en la ciudad alrededor de los sitios de interés. Luego, evitando con una mano que el viento descubriera sus piernas, se alzó sobre la punta de los pies para ver a los transeúntes que en grandes grupos se dirigían a la Plaza Mayor, mientras Gabriel la sostenía por las caderas.

—Trepada ahí pareces la encarnación de Friné, Rebeca. Friné a punto de despojarse de sus vestiduras...

—Eso quisieras... Pero no. No me gusta esa tipa. Bella pero hueca. ¿Qué te parece Safo? O todavía mejor: Hypatia, la de Alejandría...

—Me parece perfecto.

—Alejandrina será la reseña entonces, querido mío. ¿Quieres oírla?

—Te escucho.

Ante la mirada extrañada de un piquete de militares que resguardaban los accesos a la plaza, Rebeca bajó nuevamente a la acera auxiliada por Gabriel. Echó a andar entonces colocando su bolso contra el pecho, como sosteniendo el extremo de una toga inexistente.

—Audite hoc: “La plebe ha pagado su entrada y se regocija, estandarte tricolor en mano, con el privilegio de haberse hecho de un lugar en el Foro de esta Roma nuestra de poco pan y mucho circo. Esta ilusión, claro está, tiene lugar sobre las gradas, que a los balcones imperiales no puede acceder cualquiera —señaló entonces una de las bocacalles cerradas por policías, que impedían el acceso a Palacio de Gobierno a todo aquel que no tuviera una invitación de funcionario.

“En el interior del palacio, al dar las once —prosiguió Rebeca en una dramatización cada vez más expresiva—, habiendo recibido los patricios las bienaventuranzas por parte del propio *imperator*, este se asomará por un momento a la plaza tomada por la plebe, hasta donde hará llegar el encanto arrobador de su mirada serena y protectora, su aura de caudillo inmortal, sus imponentes laureles... Llegado el momento, el emperador recordará con voz tonante los triunfos de los viejos césares, guerreros de mil batallas. Este acto llegará a su clímax con la liberación en el cielo de las mil bestias de fuego, costosísimo capricho para el pueblo amante del artificio, espectáculo ante el que todos callarán respetuosamente, convencidos de que un imperio que derrocha tan generosamente en su pueblo es el más grande y glorioso de los imperios... aunque al día siguiente tengan que desayunar unos pinches frijoles con café negro”.

Gabriel ahogó una risa nerviosa:

—No tienes madre...

—Ni padre, Gabriel, y cuando los tuve me desconocieron por completo. Pero sé que tú sí me quieres —terminó con indiferencia Rebeca—. Por unos momentos, ignoraron la llovizna que empezó a caer en menudas gotas sobre sus cabezas.

—El clima está de la chingada. ¿Estás segura de que no quieres que vayamos a mi casa? Te aseguro que no tengo malas intenciones.

Por todo asentimiento Rebeca tomó del brazo a Gabriel, replegándose con firmeza contra su cuerpo, para echar a andar con paso apresurado. Tuvieron que abrirse

paso entre la multitud que llenaba las calles. No habían avanzado ni tres cuadras cuando una llamada entró al teléfono de Rebeca. Tan pronto lo encontró en su bolso, se alejó al rincón de un estacionamiento para contestar. Como no la perdiera de vista, Gabriel pudo notar que ella escuchaba con un gesto inexpresivo, sin decir una palabra.

—¿Todo bien, Rebeca? —le preguntó cuando ella regresó a su lado.

—Sí... No te preocupes.

—¿Seguro?

—Sí... sí... Un tipo que ha estado chingando por un dinero que le debo.

—Es por acá —dijo Gabriel tomando su mano para que pudiera caminar con seguridad tras él, en una estrecha calle sin alumbrado.

—Acabas de traer a mi mente un recuerdo, Gabriel.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—Una vez en la escuela, hace ya mucho tiempo, en un baile de novatos. Fui yo la que te tomó de la mano para obligarte a bailar conmigo. ¿Recuerdas? Hacía poco me habías declarado tu amor en un salón solitario. Temblabas de miedo, y me tomaste con timidez por la cintura como si esperaras una bofetada, o que yo me fuera a romper. Eras un joven ingenuo, qué duda cabe...

—Eso fue hace...

—Veintidós años. ¿Ya no te acuerdas? Eras un cordero en mi mano, un corderito siguiendo al lobo...

—Sí... ¿Fue cuando...?

—Déjalo así, no tiene caso ya. Sobre todo cuando ha pasado tiempo y hemos cambiado lo suficiente como para que represente lo mismo para los dos.

Durante el trayecto, Gabriel recordó sus últimos paseos por la ciudad en compañía de Rebeca, poco antes de su partida. Ahora lucía tan distinta, que casi le parecía estar caminando al lado de una desconocida cuyo amplio vestido de algodón revelaba, más que disimular, una delgadez insólita. Unas sencillas sandalias de lazo hacían de sus pies sonrosados y pequeños la última concesión a su belleza.

Sin que Gabriel pudiera evitarlo, asomó nuevamente la incómoda sensación de estar sometiendo a la mujer que tan hábilmente domeñaba cuerpos y voluntades. En la imperativa necesidad de dar orden a las vidas ajenas, Rebeca sucumbía al horror de encontrarse cara a cara con su propia orfandad moral, lo que daba lugar a etapas críticas de autodestrucción y sufrimiento en las que sujetaba a los demás a toda clase de caprichos o extravagancias. Pasada la tormenta todo volvía a ser igual. Rebeca secaba sus lágrimas y, poseída de pronto por la euforia de quien ha encontrado de nuevo una razón para vivir, recuperaba la gracia para arremeter con agudeza incluso contra aquellos que presumían conocerla tan bien como para amarla u odiarla.

Antes de las ocho treinta llegaron al departamento de Gabriel. Cuando trataba de abrir la puerta, él pudo ver de reojo cómo Rebeca, en un rapidísimo gesto que quiso pasar inadvertido, miró con cautela en derredor suyo, como si temiera que alguien los hubiera seguido.

Inmóvil, junto a la puerta, Rebeca se quedó mirando hacia un punto indefinido de la estancia, como si de una desconocida se tratara.

—Por favor, no te quedes ahí... pasa, siéntate. Permíteme dejar estas cosas... ¿Y... qué te pareció ver nuevamente a los locos de Federico y Antonieta? Les dio gusto verte...

Rebeca no contestó. Se acercó lentamente hacia la mesa, donde dejó el bolso con cuidado. Luego se sentó en la orilla de un sofá. De improviso, se levantó para mirar de cerca una fotografía de la pared en la que figuraba, sentada sobre una balaustrada, una niña pequeña. Reconociéndose en la imagen, Rebeca acarició el cristal con un dedo, rozando apenas la superficie. Gabriel se acercó esbozando una excusa.

—Discúlpame. La robé de uno de tus cajones poco antes de que te fueras, pero... Bueno, sigue siendo tuya —dijo en el acto de descolgar el pequeño cuadro de la pared. Ella detuvo su mano para impedirlo.

—De ninguna manera. Puedes quedártela. Es solo que no recordaba esta fotografía.

—No te apures, mi memoria tampoco da para más de quince años atrás.

—No me refiero a eso... recuerdo cuando me la tomaron: el vestido de terciopelo azul, el libro de fábulas, los zapatos rojos de charol, la fuente detrás de mí. Todo está en su sitio; pero la imagen es... tan extraña... Es como si se tratara de un familiar mío muy querido, al que he dejado de ver por largos años. Esa ya no soy yo.

—Hace tiempo que no la veías, es todo... Pero ponte cómoda. ¿Quieres un café? De hecho, no sé si hayas cenado algo. ¿Qué te ofrezco? tengo...

—Dame un vaso de agua, nada más.

Rebeca volvió a sentarse en el sofá, sonriendo con la sonrisa más triste que Gabriel hubiera podido ver en ella alguna vez.

—Parece que fue ayer cuando te conocí, no has cambiado nada Gabriel. Bueno, has ganado peso y... es increíble: ¡tienes canas! ¿Quién te las está sacando?

—Nadie. No hay nadie en mi vida en este momento... aunque no me lo creas; es decir, nadie formalmente hablando. Pero bueno... supongo que tienes poco de haber llegado —preguntó él evasivamente dirigiéndose hacia la cocina—. ¿Estás ya instalada?

—Tengo aquí dos años.

Gabriel regresó a la sala sin dar crédito a lo que había escuchado.

—¿Cómo? ¿Que tienes...? ¿Dos años dónde? Nadie te había visto.

—Fui a estudiar un posgrado a la Ciudad de México, como te dije.

—¿Posgrado en...?

—Derecho penal. Después me fui la Universidad de Guanajuato. Ahí trabajé un par de años, antes de irme a la Veracruzana.

—¿Haciendo?

—Maestra. Cuando volví a Chihuahua empecé a trabajar en un bufete privado.

—¿En serio? Te tardaste algunos años, pero seguiste mi consejo, Rebeca. Siempre admiré tu tenacidad y tu facilidad de palabra... Tu tremenda capacidad de organización... Me da gusto por ti.

—Gracias... Todo ha sido muy pesado para mí estos últimos años. Además, el clima social y político apesta... ¿has estado al tanto de las últimas noticias?

—No... la verdad no. Hace tiempo dejé de ver noticieros para no enterarme de lo mismo. Todo se ha vuelto una mierda... en fin. Esto por supuesto sin menoscabo a tu trabajo, que debe ser excelente. Como todo lo que haces.

—Quise que lo fuera. Lo dejé hace tres meses.

—Entiendo... No te preguntaré la razón. Después de todo si lo dejaste es porque ya no te convenía. Siempre lo has hecho así, y creo que es lo correcto...

—Sobre lo que pasó con nosotros, Gabriel... bueno, conmigo...

—No, por favor. No toques ese tema. No hace falta, en serio.

—Siento la necesidad de aclarar al menos un par de cosas.

—Rebeca, en verdad...

—Gabriel, escúchame solo un momento porque no sé si vuelva a verte: No me separé de ti porque no me convinieras, o porque ya no te quisiera, sino porque yo ya no

te convenía. Las cosas no marchaban bien para mí. Recordarás que en ese entonces la relación se deterioraba y te lastimé en varias ocasiones sin razón. Si acabé mi relación contigo fue por motivos que en ese momento tuvieron más peso que el sentimiento de culpa que vendría después... sobre todo sin una explicación convincente para ti, que de verdad la merecías.

Gabriel iba a comentar algo al respecto; pero decidió callar al percibir en Rebeca el deseo ferviente de aclarar un hecho que, a pesar de su lejanía en el tiempo, no había dejado de incomodarla.

—Deja el pasado donde está. No he de negarte que tu ausencia fue algo que no pude sobrellevar durante años. Y sí, tuve que partirme el alma para superarlo... Pero lo pasado, pasado. La que me preocupa eres tú... Tu situación. Desde que te vi en el Tívoli te noté tensa... preocupada. En los dos años a tu lado llegué a enfrentarme a estados de ánimo que en más de una ocasión pusieron a prueba mi cariño por ti... pero Rebeca: esta noche te veo al borde del derrumbe. Creo que te haría mucho bien desahogarte conmigo... Puedes hasta quedarte aquí, si lo necesitas. Te lo ofrezco de corazón.

Ella se envolvió a sí misma con sus brazos y, en un tono que era más una súplica que una disuasión convincente, le dijo:

—Esta noche me he desahogado de sobra, Gabriel. Tengo que irme. No puedo estar aquí una semana más. No debo.

—No entiendo.

—Cuando me fui del bufete algunas personas se quedaron resentidas conmigo. Cuestiones laborales.

—¿Cuestiones laborales? ¿Qué pasó que no te puedas quedar? Piénsalo bien antes, y si necesitas un techo te reitero que cuentas con mi apoyo, sabes que lo tienes. Hay aquí una habitación que me sobra, de hecho, puedes...

—Te diré que la sola posibilidad de quedarme podría derivar en situaciones sumamente riesgosas para mí... —Hizo una pausa en la que ahogó un sollozo quedo—. Y bueno... no solo para mí. Tengo un hijo de un año, aunque no está en estos momentos conmigo. Le pedí a una amiga de la Ciudad de México que se quedara con él un tiempo. Lo visito dos o tres veces al mes, a lo mucho. Lo extraño.

—¿Tienes un hijo?

—Créelo o no. Se llama Ismael. ¿A que nunca me imaginaste como madre?

—La verdad es que no, a pesar de las veces que te metiste una almohada bajo la blusa para que yo te pudiera ver preñada.

—Sí... me acuerdo.

—Y bueno, ¿piensas entonces regresar con él?

—Así es. Pienso regresar y rehacer mi vida allá.

—No acabo de entender lo de tu preocupación...

—Me amenazan, Gabriel.

—¿Por qué? ¿Quiénes?

—Gente. No me preguntes quiénes y menos porqué. Basta que sepas que mi situación aquí ya no es segura. Des-

de hace algunas semanas he estado recibiendo llamadas anónimas...

—¿De quién?

Del padre de mi hijo, Gabriel... El dueño del despacho en el que trabajaba... un tipo con malas relaciones, y pésimas intenciones. Quiere quitarme a Ismael porque le pedí el divorcio... En fin. Ya estoy arreglando eso...

—Pero tienes tus armas... Eres excelente abogada. No entiendo, Rebeca. Es una pena... Por favor dime si te puedo ayudar en algo, lo que sea. Conozco a un par de amigos de la fiscalía que podrían...

—La verdad es que en la fiscalía todos están a favor de él, Gabriel. Nada se ha hecho por mi caso; de hecho, estoy casi segura de que son varios de ellos los que me han amenazado... Es un caso perdido acá. Pero por mí no te preocupes. Salgo en cuestión de horas a México y desde allá emprenderé mi defensa...

—¿Estás segura de que es lo mejor?

—Para mí, sí... Pero no estoy exenta de ningún peligro. Eso lo tengo claro y lo asumo.

—Pues espero y sea lo mejor para ti, Rebeca.

—Gabriel: iba a pedir esto a Federico, pero ahora prefiero pedírtelo a ti. Un apoyo mínimo, te juro que con ello no te voy a comprometer en absoluto. Necesito que dos o tres semanas después de que me haya ido, por lo menos, vayas al departamento que alquilaba en la dirección que te daré y saques las cosas que te voy a dejar en una lista. Te voy a dar dinero para que me las envíes, tan pronto las tengas, a la Ciudad de México, a casa de Lucía Solís. No

hablo de muebles o cosas por el estilo; son solo cartas, documentos, algunos libros... cosas menores.

—Cuenta con ello.

—¿Puedo pasar a tu baño?

—Claro, Rebeca, adelante.

Esa noche, su reencuentro con ella podría haber terminado pronto, quizá con un “hasta luego, te deseo lo mejor” en la puerta de la cantina; pero, en un giro de los acontecimientos, Rebeca volvió al lado de Gabriel por unos instantes, solo para comprobar que el mundo de él ya no era el de ella, como no lo era la ciudad, ni la gente, ni nada.

Al salir del baño, Rebeca se dirigió con premura hacia la mesa del comedor, donde se sentó para escribir algo en su libretita de notas. Luego de entregar a Gabriel una hoja de papel con su domicilio y una pequeña lista de documentos, tomó la cabeza de él entre sus manos para cubrir su frente de besos húmedos, impacientes. Lo abrazó y volvió a rogarle encarecidamente que le procurara sus cosas, después salió de la casa sin permitirle a él que la encaminara. Fue la última vez que se vieron.

Unas horas después de que Rebeca se fue, Gabriel descubrió adherido sobre el retrato de infancia un *post-it* amarillo:

*Has sido una parte importante de mi vida,
nunca lo olvides.*

*Gracias por todo, no dejes de obsequiarme con
una memoria de tu parte.*

Rebeca.

Estaba a punto de acostarse cuando reconoció el timbre de un teléfono móvil en el baño. Hasta entonces descubrió que Rebeca lo había olvidado. Le pareció prudente atender la llamada, pensando que tal vez sería ella misma tratando de localizar el aparato. Cuando contestó, nadie respondió del otro lado. Matizado por una respiración entrecortada, un silencio largo e inquietante recorrió la línea desde un origen desconocido.

Conversatorios con Cristo

*

No existe, para Natalia Gameros, recuerdo más vívido que el de ella misma vagando por las frías y desoladas habitaciones de la casona en que nació, en el arbolado Paseo Bolívar. Tal vez le sea imposible definir formas y detalles, pero la escena siempre ha estado ahí, bordada en la trama de la memoria que, como una fragancia en el tiempo, sobrevive a pesar del deterioro.

En sus ensoñaciones nunca está sola. Una presencia difusa la acompaña en el pórtico, la escalinata doble, el amplísimo jardín donde da sus primeros pasos, o el comedor que proyecta sus nervaduras de caoba de suelo a techo. No es, sin embargo, su madre quien la sigue, sino alguna de las domésticas de *jumper* azul que han estado a su servicio desde que abrió los ojos, y que se conducen ante ella distantes, sumisas, ajenas en su rigurosa obligación.

Y recuerda...

Doce años. El jubiloso fin de la ducha en la tina de alabastro que se oculta tras el biombo de lirios acuáticos, espadañas y ranas. Natalia salta del agua y echa a correr por los pasillos hasta la segunda planta, dejando tras de sí huellas húmedas. Ahí, se desprende con una carcajada de la toalla que cubre su cuerpo, para tenderse extasiada sobre el piso, justo debajo del enorme vitral que cierra la clara-boya, y desde el cual la luz multicolor baja del cielo para cubrir su cuerpo aún de niña, haciendo de la suave, apenas

insinuada topografía de su piel, un abigarrado tatuaje gótico. “¡Nieves! ¡Nieves! ¡Ya está esa niña otra vez encuerada en la escalera, por Dios! ¡No entiendo, no entiendo qué mal he hecho yo para haber dado a luz a esa chiquilla tan voluntariosa y descarada!”, grita como siempre su madre a una de las sirvientas, mientras Natalia ríe para sí con la risa frenética de los niños.

Y recuerda...

Quince años. Los efluvios boscosos del parque recién encerado inundan su nariz y, en sus oídos, el taconeo diligente de las que en el tercer piso van y vienen en la atención de los quehaceres, opacan el zureo de las palomas que anidan en las cornisas de piedra.

Y recuerda...

Dieciocho años. El azoro juvenil que inventa mundos y le permite conversar con la tapicería marroquí, los tibores chinos, los ceniceros de cristal cortado, los altísimos libreros de cedro, bronce y cristales biselados, los óleos de Clausell, Velasco y Fabrés, la mantelería de brujas y la loza de Talavera, el desafiante candelabro de Murano... los objetos, en fin, que su padre, el ingeniero Manuel Gameros, ha comprado con su fortuna y han ido a parar a manos de su madre, una mujer que solamente puede ver los muebles para verificar que estén libres de polvo.

**

Todos los días, al caer la tarde, Natalia suspende la lectura de *El Quijote* empastado en piel para acercarse al alto ventanal por donde el ocaso penetra hasta su recámara. Tras

el cristal, se encuentra de nuevo con el sol moribundo que tanto le gusta ver, y que a sus veinte años sigue despertando en ella evocaciones que la van llenando de emoción hasta sumergirla en algunos de los arcanos más grandes de la existencia, como la muerte. Le parece conocerla de siempre, su madre nunca ha dejado de hablarle de ella como el escalón final hacia la salvación o la condenación eternas. También la ha visto de cerca, en la estatuilla de Cristo tallada en marfil que ha hecho de la alcoba principal el cruento habitáculo del dolor. En ausencia de las criadas, Natalia emprende con frecuencia secretas incursiones al aposento de sus padres para acariciar con los ojos la hermosa pieza, arrobada en el pasmo de la vida que se abre, por primera vez, al misterio de la sensualidad del cuerpo masculino cubierto apenas por un paño. Adormecida en el suplicio irrenunciable, la figura parece mirarle, acusadora, desde su época terrible de clavos y flagelos; bañada en los hilos de sangre que escurren desde la frente, delinean la tersa superficie del torso y llegan hasta las piernas recogidas.

Ya mayor, cualquier imagen religiosa la llevará al recuerdo del Jesús mortificado, y al de su madre rezando en la capilla de la casa, intentando reunir, en la invocación de todas las potencias celestiales, la razón para soportar otro aluvión de imprecaciones paternas, de maltratos a su dignidad de madre y de mujer:

“...Cristo murió por nuestros pecados, el pecado original del paraíso, el pecado de la carne alentado por Eva, Eva pecadora, Eva impura, Eva maculada... ¿Cómo...? ¿Cómo habremos de lavar nuestros pecados, nuestras almas lodosas, nuestras muchas culpas? Reza por nosotras, Natalia. Por mí, por ti, por nosotras. Reza por todas nosotras...”.

En sus desvaríos místicos, la madre aferra entre sus manos el medallón de oro de la Virgen de Fátima que pendía siempre de su cuello, obsequio del último viaje a Francia de su marido.

Doña Altagracia Russek de Gameros ha sido siempre una mujer de pocas lecturas y muchos rezos, a la que la educación con monjas preparó admirablemente para la dominación animal que su marido ejerce contra todos, pero sobre todo contra ella, situándola para siempre en la consideración del pecado y la autocompasión como una única forma de vida. En función de eso, la madre de Natalia ha procurado para su hija la totalidad de los sacramentos que la Iglesia espera del fervoroso católico: bautismo en la Catedral, catecismo obligatorio, primera comunión en el Santuario de Guadalupe, confirmación en la fe y entendimiento de Dios como un ser que todo lo ve y al que, en cambio, nadie puede ver a la cara, cuestión del todo absurda para Natalia, que prefiere imaginarlo con un rostro familiar. Debe tenerlo, como todas las personas conocidas por ella hasta entonces, como ocurre en sus más elaboradas fantasías, en los reinos intangibles donde quimeras y faunos, semidioses o demonios, tienen una apariencia que denota la espiritualidad que los anima. En su lógica, Dios debe encarnar un aspecto más o menos parecido al del viejo que, alguna vez, vio en el hermoso mosaico bizantino de una iglesia, durante la boda de una de sus primas. En él, un artista anónimo lo representó como un adusto sexagenario de coronilla calva, gesto impasible, mirada severa y luengas barbas al viento, envuelto en las ondulaciones de

su túnica celeste. “Dios —le ha repetido su madre hasta el cansancio— es terrible en su autoridad suprema: puede ver desde las alturas la totalidad de acciones buenas y malas de las mujeres para premiarlas o castigarlas con los más horrendos tormentos, como el del fuego eterno en el infierno, por lo que habrás de ser buena, humilde y complaciente, Natalia”. ¿Cabrán la extrema bondad y la implacable crueldad en un solo ser? Contrario a lo habitual en los niños de su edad, tales dogmas no arraigarán jamás en ella, una chica precoz formada en la autodeterminación, la pasión por el conocimiento y el hedonismo más puro. Después de todo, la vida habrá de revelarse poco a poco no solo a través de los sentidos, sino también del intelecto. Hasta entonces, solo en los libros que su padre jamás leerá, habitados por seres tan perfectos como Penélope de Ítaca, Juana de Arco, Ana Karenina o Fantine, Natalia habrá de encontrar la más cercana representación del alma humana y el triunfo heroico de los ideales femeninos, muy por encima de las omnipotencias masculinas del cielo y de la tierra.

Tras la muerte de su madre, Natalia hereda, junto con una docena de propiedades, el Cristo de marfil. Una última caricia —esta vez con las manos— sella el destino del nazarino, que irá a dar por largos años a un apolillado baúl en el desván.

Naturaleza muerta con televisión

1

A las dos de la mañana, Ángela llega a su hogar abriéndose paso entre la noche sin luna. Busca en el bolsillo del pantalón sus llaves y descubre que no están. Piensa en volver sobre sus pasos, pero supone que repasar las calles a oscuras para buscarlas es, a esa hora, más arriesgado e inútil que hacer uso del llavero extra que descansa sobre el marco de la puerta. Parándose de puntillas lo alcanza con dificultad, palpando a ciegas con su mano.

Antes de entrar, mira hacia ambos lados de la calle. Nadie. Encaramado sobre un bote de basura, solo un gato solitario hurga entre los desechos del vecindario dormido.

Accede a la cochera con premura. El patio está envuelto en un redoble de grillos y cigarras. Al trasponer el umbral, nota con extrañeza que una de las macetas con sábanas que están siempre junto a la puerta ha sido volcada, y al extender la mano para encender las luces del patio, descubre que el bombillo no está. *¿Y ahora? Puta madre... ¿Otra vez, Everardo? Ojalá empezaras a comprar tus cosas para dejar de chingártelas...*

Recoge con prisa la maceta y avanza a tientas, conteniendo la urgente necesidad de vislumbrar un resquicio de luz entre tanta negrura. Una, dos, tres veces toca en la ventana de su vecino, que habita el cuarto de huéspedes posterior. Como única respuesta, el cachorro mestizo que aquel recogió hace unos días, se acerca a olisquear sus

pies por la rendija de la puerta. Contrariada, regresa a la puerta de su casa. Tras un primer intento, las llaves caen de sus manos trémulas. Antes de entrar, nota la ausencia del bullicio cotidiano de sus vecinos, un trío de estudiantes foráneos que, en la vivienda contigua, suelen trasnochar la semana entera. Traspasada de pronto por un miedo visceral, no puede evitar sentirse inmensamente sola.

No bien accede a su hogar, enciende las luces del recibidor. Deja el bolso en una silla y se dirige apresuradamente a su habitación. *Despábilate... La maleta, la maleta beige ¿dónde la dejé? Estaba acá arriba... Aquí está la cabrona maleta. Lo necesario... nada más llévate lo necesario. ¿Qué me hará falta por allá? Si voy a llegar con Alonso, no necesito...*

Suspende la actividad cuando, de reojo, alcanza a ver sobre el piso del estudio un reguero de libros, papeles y objetos de todas clases, entre los que reconoce los fragmentos de vidrio de un par de lámparas Tiffany que cuida con esmero. Lentamente, se inclina para dejar en el suelo la valija que acaba de tomar, sin poder apartar la vista del desorden. Presintiendo lo peor resuelve salir de la casa, por lo que vuelve a tomar su bolso. Se detiene en seco cuando, a punto de cerrar la puerta tras de sí, ve que un bulto más negro que la oscuridad circundante la mira fijamente desde el otro lado del patio, junto al portón metálico.

De cuatro zancadas el sujeto cruza el patio, entra a la casa y cierra la puerta con tal fuerza que el golpe rebota por el patio con un ruido ensordecedor. Ángela grita instintivamente y el cachorro comienza a ladrar. *¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago ahora?* Camina hacia atrás hasta que siente, sobre su cuello desnudo, un resuello hediondo que la paraliza. Suavemente, el alma encogida, gira sobre los

talones para encontrarse de lleno con otra presencia oscura, enorme, animal.

En ese momento, alguien apaga la luz de la recámara, que queda iluminada únicamente por la incandescencia de tres linternas de mano que en ese momento se encienden. Rápido y fuerte como una boa, un antebrazo la rodea por la cintura y la lleva contra un cuerpo ventrudo, bañado en loción barata. Con una mano correosa la sujeta de las muñecas mientras, con la otra, cubre su boca un segundo antes de que pueda emitir otro grito. *Cálmate, que no pasa nada... no pasa nada... Unas cachetadas y ya... Si acaso... unas cachetadas nada más. Serénate, no te asustes ahorita...*

Un hombre robusto, con el rostro maltratado por el acné, la sienta sobre sus piernas como si de una muñeca se tratara; otro, de apariencia infantiloides, se le acerca para susurrarle una pregunta:

—Se te advirtió que dejaras de meterte en donde no te importa. ¿Cuándo vas a dejar de alborotar la gallera, cabrona?

Ángela mira con ojos desorbitados al que habla: manos enguantadas y voz grosera. Nauseabundo olor a chamarra de vinilo, a alcohol, a sudor añejo...

Siente el frío de un cañón sobre la sien; la distensión hasta lo insoportable de los músculos del brazo, en la torsión criminal con que la sujeta el gordo. Siente ira, ansiedad, pavor. El interrogador impaciente, el aliento fétido cada vez más cerca, la rabia contenida. Y otra vez el miedo.

El que ha hablado susurra nuevamente la pregunta, liberando con cautela los labios de Ángela para que hable; pero ella permanece en silencio, la cabeza echada hacia

atrás. El tipo se impacienta, golpea el piso con la bota y toma a la muchacha por el cabello con una fiera desmedida. Ella se resiste.

—Ya van cinco artículos que escribes, cinco —vocifera—. Le estás cargando la madre al gobernador... y a otra gente que las puede más. ¿Entiendes o no?

—Es mi trabajo... solo hago mi trabajo... Además no soy la única... ¿por qué a mí? —escupe por fin sobre el gordo perlado en sudor. Gruesas lágrimas resbalan desde sus ojos ante el dolor infligido, ante la esperanza cada vez más lejana de volver a ver el día siguiente.

—Porque eres la única que se metió con la gente equivocada, y se te advirtió que dejaras de hacerlo... Tres veces se te dijo, ¿no? Tres veces. Pero has seguido chinga que te chinga. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—¡Voy a dejar la columna! —miente en un intento inconsciente y desesperado por eludir pesquisa y castigo—. ¡Dejo la columna y me largo de aquí! ¡Díselo a tu jefe! ¡Díselo, por favor!

—Menchito Salazar ya dio la orden... y hasta aquí llegaste, hija.

Desde la otra habitación, un tercer sujeto anuncia que ha encontrado al fin la computadora portátil de Ángela; así como sus documentos de identificación, dinero y tarjetas bancarias. Es la orden de terminar e irse.

El que hace las preguntas se acuclilla para extender la mano y aferra a la mujer de la cara, para empujar con coraje su cabeza contra el pecho del hombre que la sujeta. Con

el último ánimo que le queda, Ángela libera una de sus manos, con la que sujeta por los mofletes al interrogador clavándole las uñas. Acto seguido, estrella su nuca contra el rostro del gordo aflojándole los dientes. No puede asegurarlo, pero casi tiene la certeza de que será su último y valiente gesto de rebeldía. El que la tenía afianzada brama de dolor y se yergue con ella en vilo, para aventarla después contra la pared. Ángela gime como un cachorro antes de gatear con desesperación hacia la puerta, en un intento final por conservar la vida. Con la serena frialdad de un cazador, el esbirro que se lleva la computadora apunta hacia su cabeza justo cuando ella ha alcanzado el picaporte.

Un trueno seco, sin resonancias. Un golpe aturridor en el cráneo. Un oscuro velo sobre la tenue claridad de la conciencia. Ángela cae de rodillas con la cabeza echada hacia adelante... La picazón de la nube de pólvora estragando poco a poco su nariz, las manos resbalando de la puerta, los oídos saturados por el trueno, la salazón de la sangre tibia anegando garganta, nariz y pulmones, un último rayo de luz en la mirada a punto de extinguirse, mientras el cuerpo se contrae lenta y progresivamente hasta quedar hecho un ovillo sobre el piso de barro, que parece envolverla en un retorno al vientre materno, sin dolor alguno ya, solo un leve estremecimiento: el postrer aleteo del ave en agonía.

El que dispara pasea su vista por los muslos blanquísimos de Ángela, antes de ordenar como un eructo:

—Lástima de mujer... Echen en las bolsas todo lo que se hallen en los cajones. ¡Todo...! ¡También las cajas de esropero! Quiero este lugar limpio antes de que amanezca.

Círculo Rojo, periodismo de hechos.

Martes 13 de noviembre de 1994

Conato de riña en Palacio de Gobierno provoca intensa movilización de los cuerpos de seguridad pública.

Demandantes exigen justicia por feminicidios no resueltos.

Ángela Puentes, reportera.

Poco antes de iniciar su movimiento de protesta ante las autoridades judiciales, Marisol Escárcega, una sobrina suya y doce madres de familia, representantes del Comité de Lucha por las Mujeres Desaparecidas en Chihuahua, solicitaron una audiencia con el gobernador del estado, licenciado Patricio Manríquez Garza, con la finalidad de pedir su apoyo en el esclarecimiento del asesinato de su hija Rubí, dado que había testimonios que hablaban de evidencias claras y acusatorias contra gente influyente, mismas que se habían ocultado siempre en las investigaciones.

La secretaria particular de Manríquez Garza excusó al gobernador, ante su inminente partida a una gira de trabajo por el estado, pero les dijo que con gusto podría atenderlos el Lic. Esteban Pacheco, secretario general de gobierno.

Lo único que Marisol Escárcega y su sobrina, Clara García, sacaron de esta entrevista, fue la reclusión en la Penitenciaria del Estado como consecuencia directa de lo acontecido aquella tarde, sucesos a los que se dará forma en este reportaje a través del testimonio de la misma Marisol, quien ha procurado ser lo más fiel posible a los hechos, reconstruyendo en su mente cada palabra, cada gesto y cada acción de los actores de este drama.

Refiere Marisol a este medio que el 17 de enero llegaron hasta la oficina de la Secretaría General de Gobierno ella, sus acompañantes del comité, y un contingente de aproximadamente ciento cincuenta mujeres, que de manera ordenada y pacífica se quedaron en la Plaza Hidalgo a esperar los resultados de la entrevista. Marisol y las activistas, por su parte, tuvieron que aguardar cerca de media hora para que la secretaria del Lic. Pacheco los pasara al privado de este.

—*Esteban Pacheco, tanto gusto. Pasen por favor, señoras. Siéntense. No puedo ofrecerles en este momento más que veinte minutos, pero tengan por seguro que todo lo que aquí se manifeste se hará llegar al señor gobernador de manera inmediata.*

—*Gracias, licenciado. Lo que nos trae aquí es mi caso, que también es el caso de todas ellas, de las madres que han perdido a sus hijas sin que hasta la fecha se vean culpables castigados.*

—*No sabe la pena que me da recibirlas en estas circunstancias, pero qué se le va a hacer. También tengo hijos y sé que nada de lo que pueda decirles aliviará el dolor de su pérdida.*

—*Dice bien, licenciado... Dice bien...*

—*La fiscalía encargada de las investigaciones ha estado trabajando de manera incansable por recomendación directa del señor gobernador, y poco a poco se han ido haciendo grandes avances. Usted dirá en qué más podemos serles útiles, estoy a sus órdenes.*

—*Lo que tengo que comentarle es algo muy difícil y vergonzoso para mí, licenciado... pero es algo que ustedes tienen que saber, y que se supone debería yo haber sabido desde hace mucho tiempo, y no sé por qué nunca se me dijo.*

—Si me dice de qué se trata, señora, con gusto podré ayudarla.

—Es algo que tiene que ver con las investigaciones sobre la muerte de mi hija Rubí, licenciado, y con las pruebas que debieron levantarse en el lugar en que la hallaron.

—Explíquese, por favor, señora Escárcega.

—El lunes pasado recibí una llamada. Era la señorita Imelda Perelman, una forense argentina que ha estado muy cerca de nosotros desde que se descubrió el cuerpo de mi hija. Como usted deberá saber, ella ha estado al pendiente de las investigaciones que han hecho desde su muerte, y me dijo que tenía cosas importantes que decirme. Cuando pude verla me comentó que habló con uno de los peritos que estuvieron en el cerro cuando hallaron el cadáver. Él le dijo de una evidencia que encontraron en el cuerpo de mi hija y que no anotaron como debieron en los formatos oficiales...

—¿Qué formatos?

—Los formatos de defunción.

—Bueno, señora Escárcega, lo correspondiente a las investigaciones no compete en este momento a mis atribuciones. En realidad, tendríamos que comunicarnos, antes que con nadie, con la Fiscalía Especializada...

—Le suplico que me escuche, licenciado. Que me escuche solo por esta vez...

—Dígame usted...

—En el terreno donde hallaron los restos de Rubí encontraron una evidencia que incrimina de manera directa a Lorenzo Blancarte Mesta, hijo de don Santiago Blancarte Medina, coordinador de las plantas extranjeras de Cerámica Médanos, donde yo trabajaba poco antes de que mi hija desapareciera.

—¿Dice que encontraron junto a su hija evidencias que no se consignaron...?

—Sí, licenciado. De Lorenzo Blancarte. ¿Por qué? Eso no lo sé. Eso es lo que quiero averiguar.

—Disculpeme, pero como le comentaba, eso corresponde a la Fiscalía...

—La Fiscalía me ha dado mil razones y ninguna me convence, licenciado. Lo que quiero saber es por qué se nos ha ocultado información de esa manera, esas evidencias son muy importantes para las investigaciones, según nos dijo la doctora Perelman.

—Mire, señora Escárcega, como usted comprenderá, yo no puedo estar al tanto porque no me compete, insisto, de los procesos criminológicos de la Fiscalía. Menos aún puedo intervenir o dar mi opinión sobre lo que se hace y cómo se hace en torno a las investigaciones del caso de su hija, lo que sí puedo hacer...

En ese momento, una de las representantes del comité, Guadalupe Aguilar, toma la palabra:

—Lo que sí pueden hacer es darnos un apoyo verdadero, licenciado Pacheco, porque hasta ahora no vemos claro. Han ocultado evidencias, han amenazado a nuestras familias y les hemos pedido seguridad para nosotros sin que se nos haga caso. Han retrasado la toma de análisis para el reconocimiento de cuerpos, y han arrestado a puros chivos expiatorios, gente que no tiene ninguna responsabilidad en las muertes de nuestras hijas...

—Señora, con todo respeto, el gobierno del estado ha hecho...

A esa altura de la entrevista, perdida la cordura, Marisol interviene en un tono acusatorio contra el funcionario, que no hace otra cosa que vadear el asunto diplomáticamente.

—*¿Qué ha hecho el gobierno, licenciado? Ya estamos hartos de que nos traigan de una oficina a otra, de que los apoyos nos los den extranjeros, de que en otros países sientan más y se avergüencen más de lo que pasa en nuestra tierra...*

—*Lo que le suplico a usted y a sus acompañantes es que se calmen y me escuchen: No es esta oficina el lugar en el que ustedes deben denunciar cualquier omisión en lo que respecta a las investigaciones de sus casos, para eso está un organismo dedicado a ello. La Comisión Estatal de Derechos...*

—*La Comisión está amarrada, licenciado, y eso usted lo sabe mejor que nadie.*

—*Le suplico que hablemos en términos más respetuosos para los dos, señora Escárcega.*

Josefina Vargas, otra de las representantes del comité, sugiere prudentemente dar por terminada la entrevista cuando ve el semblante de Marisol demudar de la súplica fervorosa al airado reclamo.

—*Vámonos, Marisol. Le agradecemos, licenciado, su tiempo. Entenderá que esta lucha tenemos que seguirla nosotras cueste lo que cueste.*

Sin escucharla, Marisol vuelve a la carga:

—*Solo le voy a decir a usted, licenciado, que estoy segura de la responsabilidad del sobrino de Leonardo Blancarte en la desaparición de mi hija. Estoy juntando otras pruebas junto a los abogados que me han estado orientando, porque estoy segura*

de que ustedes protegen a los responsables, más que defender las causas de uno.

—¡Marisol vámonos, por favor!, esto no tiene caso ya...

—¡Tranquílcese, por favor, señora Escárcega!

En ese punto, la asistente del secretario entra a la oficina de Pacheco para salir de inmediato. Segundos después, cuatro guardias de seguridad llegan a la oficina. El secretario, en un último gesto conciliatorio, pide a los uniformados que esperen afuera, antes de hablar nuevamente.

—Por favor, señoras, calmémonos todos y hablemos con respeto. No conozco en realidad, señora Escárcega, a la doctora que mencionó hace un momento, la que me comenta le ha dado información valiosa sobre su caso, lo que sí entiendo es que no puede haber dos líneas de investigación en un mismo asunto de derecho: uno oficial y otro extraoficial...

—Tengo que decirle que a la doctora Perelman —formula Marisol— la trajo el Comité de Lucha por las Mujeres Desaparecidas, licenciado. Ella es la que más nos ha apoyado en estos meses de batalla, así que es una persona de todos mis respetos...

—Lo entiendo, señora, pero ni ella ni ningún otro extranjero pueden intervenir en asuntos judiciales de nuestro estado. No tiene usted tampoco ninguna garantía de que la información que en un momento dado pudiera entregarle ella sea verídica y corroborable...

—Míreme, licenciado, mírenos por favor. ¿Por qué habrían de mentirnos? ¡No me diga que yo tendría necesidad de venir a molestarlo, de venir a decirle que hay evidencia en contra del sobrino del ingeniero Blancarte!

—Por favor, señora...

—*¡Se lo digo porque apenas ayer... ayer me enteré que Lorenzo ya no está en la ciudad! ¡Qué lo trasladaron a la planta de España y no va a volver en mucho tiempo! ¡Me lo dijo una conocida de su secretaria! ¡Y toda la planta lo sabe, licenciado! ¡Toda la planta! ¡Qué poca madre, licenciado! ¡¿Hasta cuándo?! ¡¿Hasta cuándo vamos a ver a nuestras hijas de regreso a casa?!*

En este punto es fácil imaginar el rostro del alto funcionario, petrificado de pronto, sin acertar a dar una respuesta coherente, una opinión al menos sobre la grave imputación que la mujer le entrega con voz quebrada. Al final, la prepotencia a que lo lleva la necesidad de zanjar cuanto antes la incómoda entrevista lo instala en la descarnada impasibilidad de los funcionarios. El secretario solicita el apoyo inmediato de seguridad para que haga salir de su oficina a la comitiva demandante.

Los guardias entran.

Marisol se pone a la defensiva.

Los guardias la toman de los brazos.

Marisol no quiere someterse.

El cuerpo de prensa que siempre está en palacio pugna por entrar a la oficina.

Dos mujeres son lastimadas en el tumulto que se genera.

Los fotógrafos registran los hechos.

Un guardia golpea a uno de ellos y pretende arrebatárle la cámara.

Insultos y reclamos del fotógrafo, al que han roto la nariz.

Marisol pide a gritos que la suelten, que ella ya se retira.

Dos guardias escoltan al secretario general a la salida. Marisol es sometida, y termina en el suelo con dos oficiales encima.

Llegan más fotógrafos.

Las mujeres del comité son escoltadas hasta la salida por otras dos guardias de seguridad.

Marisol es llevada a rastras, como si de una criminal se tratara.

Ciudadanos que han ido a atender algún asunto a otras dependencias salen de las oficinas para ver.

Un grupo de turistas norteamericanos sale corriendo del recinto oficial.

Para cuando llegan a la puerta de palacio, cuatro guardias más, empuñando sus armas, impiden la intervención del contingente de Marisol Escárcega en apoyo de esta.

Al día siguiente, Marisol y su sobrina son puestas tras las rejas, acusadas la segunda de haber dado muerte a su prima Rubí, y la primera de encubrimiento. Cuando Javier Morales, abogado y compañero de Marisol, pregunta a las autoridades sobre la razón por la que han privado de la libertad a su pareja y a su sobrina, le dan una respuesta que va de lo aberrante a lo irracional: las manifestantes les parecieron sospechosas porque “reclamaban con mucho coraje la ineficiencia de la policía... Porque parecía que querían desviar la atención de sus responsabilidades... Pos porque sí”.

Este es el estado de las cosas en Chihuahua; este el estado que guarda la seguridad que no debiera ser un lujo, sino un derecho fundamental para toda mujer, adolescente y niña; una seguridad que ha dejado en el desamparo a Rubí, y posteriormente a su madre, que ahora teme lo peor.

Hasta el momento, nadie ha permitido un acercamiento directo con Marisol para llegar al fondo de este asunto, que suena más a revancha política que a diligencia judicial errática.

Seguiremos informando.

3

Un aire contrito empaña la expresión iracunda de sus ojos, que miran lacrimosos hacia el frente, sin un punto de interés específico. Sentado en la banqueta que rodea el patio, sostiene entre sus manos una viejísima chamarra de cuero negro. A su lado, un agente ministerial toma notas recargado sobre la pared contigua a la puerta, sin atender los llamados que, una y otra vez, llegan al radio que lleva en la cintura.

—¿Nombre?

—Ever...

—¿Perdón?

—Everardo Mendoza.

—¿Mendoza qué, mijo?

—Mendoza Beltrán.

—Me comentan que tú fuiste el que la encontró, ¿así es?

—Así mero.

—¿A qué hora fue eso?

—Temprano. Las ocho serían...

—¿Dónde vives?

—En el cuarto de ai, al fondo.

—¿Para qué entraste a esa hora a la casa de la occisa?

La occisa se llama Ángela, pendejo, Ángela Puentes. Reportera maciza. Para ti es un pinche número, un dato, una estadística más... Para mí es una amiga, una hermana, una madre, una cuatacha, pues; la que me escucha y aconseja, la que me invita los tacos de cuando en cuando, en esas noches de pastas y loquera, cuando nadie más me hace caso... Cuando nadie más me quiere ver en esta ciudad de mierda...

—Acababa de llegar. Fui a devolverle un foco que había tomado del patio el otro día, porque a mí se me fundió uno...

—¿Nadie más vive aquí?

—Yo y la Gela, nomás.

—¿Cuál Gela?

—La muertita, pues, Ángela.

—¿Pasaste entonces toda la noche fuera?

—Ya se lo dije: Llegué como a las ocho.

—Y ayer, ¿a qué hora saliste del edificio?

—Serían la siete más o menos. Nostoy seguro.

—De la siete de ayer a las ocho de hoy, ¿no volviste al edificio?

—No.

—Por lo pronto es todo. De aquí te vamos a pedir que nos acompañes a la Fiscalía un rato. Allá te van a hacer otras preguntas.

¿Otras preguntas cabrán? ¿Otras preguntas pa qué? ¿Pa llenar tus pinches expedientes?, tus papelitos, hijo del máiz. Hojas y hojas pa justificar el pinche sueldito que te pagan;

pa hacer como que trabajas, como que de a de veras les interesa la Gela ¿Eso va a traerla de regreso?

—No tengo a dondirme.

—Ta bueno carnal, espéranos tantito.

—¿Me conoce oficial?

—¿Perdón?

—¿Me conoce?

—No. ¿Por?

—¿Tons por qué me tuteas, cabrón?

Cuadros, libros, enseres de cocina y ropa cubren por entero los pisos de la casa y parte del patio. Un charco de sangre coagulada, que ha alcanzado los escalones del portal, apelmaza los negros cabellos de Ángela, que descansa acucillada sobre las baldosas frías, las manos sueltas y los muslos muy juntos, como quien ora en un templo. Su hermoso rostro ha perdido el rubor que da la vida, y en el cristal de sus ojos, muy abiertos, se reflejan con fuerza las primeras luces de la mañana. A su lado, una forense muy joven hace anotaciones sobre unos formatos sujetos a una tabla; otra habla por radio alzando groseramente la voz. Ocasionalmente ríen como respuesta a alguna broma vulgar de su compañero. Sobre el trinchador azul de la cocina, una pequeña televisión, encendida por los sicarios antes de irse, sigue viva entre tanto destrozo:

Buenos días, México. Desde Sucesos les saludan, con el gusto de siempre, Cristina Beckmann...

Y Rafael Ventura.

Una mañana fresca y limpia como pocas en Chihuahua, Rafael.

Así es, Cristina. Y en esta bella mañana, desde las instalaciones de la Quinta Zona Militar, la república se engalana con uno más de los encendidos discursos del presidente de la República, que, en gira por el estado y en cadena nacional, a través de los más importantes medios de comunicación del país, dirige al país con motivo del inicio del Programa Nacional de Combate a la Inseguridad y la Violencia.

Esto, por supuesto, en el marco de la celebración de un aniversario más de la gesta libertaria iniciada por Hidalgo. La arenga concluye con las siguientes palabras. ¿Te parece si las escuchamos, Rafael?

Vamos a escucharlas, Cristina...

“...Quiero además hacer un reconocimiento a las y los ciudadanos por su voluntad y determinación de vivir en paz y en armonía.

“La inseguridad es una de las grandes deudas de mi gobierno para con ustedes. Para toda sociedad es esencial la protección de la integridad física, moral y patrimonial de las personas. El programa que hoy da inicio, y la aprobación de la Ley de Seguridad Pública y Justicia Penal, contribuirán de manera determinante a la lucha contra el crimen.

“En estos cuatro años de gobierno, me he conducido invARIABLEMENTE con honestidad, con rectitud, con respeto a la palabra empeñada y con apego a la verdad. En todo momento, he dado para ello lo mejor de mí.

“En estos cuatro años, los mexicanos y las mexicanas hemos cambiado a México y México nos ha cambiado.

“México será una nación cada vez más fuerte, cada vez más libre y cada vez más justa.

“Me conmueve hasta las lágrimas afirmar que hoy hemos ingresado con plenitud a una nueva y gloriosa era de incorruptible paz social.

“¡La democracia ha valido la pena!

“¡México vale la pena!

“¡Viva la democracia!

“¡Viva México!

“¡Viva México!

“¡Viva México!

¿Ya acabaron con la evidencia, Luisita? Hágame un favor y apague ya ese pinche aparato.



Contenido

Cíbola	19
Clara Tarango	22
La pasión de Nazario Valdés	26
Retornos	31
El castillo de los Pirineos	37
La ciudad y la furia	76
Un ojo para el recuerdo	80
Lina cada mañana	86
Batopilas	92
Al otro lado del río	98
Como si fueras a volver	106
Las cosas aparentes	111
Conversatorios con Cristo	130
Naturaleza muerta con televisión	135



Historias de mi ciudad



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx





Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México

